

N.A.

lingüística (Lacan) entre el lenguaje y la lingüística)

Tomado de:

Saal, F. (et al.) (1997).
El lenguaje y el inconsciente
freudiano - México: Siglo XXI.

LINGÜISTERÍA (LACAN, ENTRE EL LENGUAJE Y LA LINGÜÍSTICA)

NÉSTOR A. BRAUNSTEIN

I. EL LENGUAJE EN LA OBRA DE LACAN

El texto que va a leerse es imposible. Imposible de escribirse, imposible de decirse. Y, sin embargo, está escrito. El autor empieza sabiendo que "todo" no puede decirse porque en el orden del decir no hay "todo". Y se embarca en la imposible misión de transmitir lo esencial de la reflexión de Jacques Lacan sobre el lenguaje. La pretensión es la de abarcar los conceptos fundamentales vertidos por Lacan en los 30 años que duró su enseñanza, citándose a un tema: el lenguaje. Es un primer intento. Será seguramente mejorado, corregido, impugnado, desarrollado y enriquecido por sus lectores.

1981. Puede decirse que, en cierta forma, hay un "todo" del cual partir. Ese todo es el de los dichos de Lacan que "todo" parece indicar que están concluidos. A partir de lo cual puede empezar el trabajo de resignificarlos, de leerlos desde el final hacia el principio. Retroactivamente, après-coup, como él enseñó que había que entender la *Nachträglichkeit* de Freud.

"El lenguaje en la obra de Lacan": un subtítulo desmesurado. Nada en la obra de Lacan, ni una línea, es otra cosa que un desarrollo sobre el lenguaje. Fuera del tema del lenguaje y de la forma en que él se encarna en hombres y mujeres, en *parlêtres*, según dice, no hay Lacan. Y es más, habló todo lo que habló sobre el lenguaje sabiendo y diciendo en todo momento que no podría ser comprendido: "Que uno diga queda olvidado detrás de lo que se dice en lo que se escucha". Y la aporía no se cierra acá. Pues hay una fórmula que retorna una y otra vez bajo su pluma: "No hay metalenguaje", es decir, no hay sentido del sentido. Entonces el equívoco de este texto podría sintetizarse así: es el intento de metalenguajear

a un metalenguajeador frustrado porque nunca llevo a metalenguajear¹ y que dice que no hay metalenguaje —con toda razón.

Para colmo, con una confesada intención de transmisión que coloca a este discurso como significante segundo, como discurso que repite y necesariamente empobrece y pervierte a otro discurso, discurso del Maestro —si adoptamos la más benévola de las dos traducciones de *maître* (la otra es Amo)— pero de un maestro que no se reconoce como tal sino que pretende que su discurso es otro, colocado en el lugar del objeto *a*, del psicoanalista. Y que, no obstante, no puede reconocer otra pasión en su vida que la de la enseñanza y la transmisión de un saber. De alguien que durante casi 30 años llevó la carga de un seminario lleno de saber sobre la vanidad del saber y sobre la soberanía de la verdad, tachada a su vez como imposible de articular.

Lo que es cierto es que en esos 30 años articuló Lacan una subversión del psicoanálisis y también de todo el campo de la cultura. El discurso que produjo es uno de los más provocativos y polémicos que vieron la luz en el siglo. Ese discurso no puede ser desconocido porque es de todo ser humano de lo que habla. A la vez, no puede quedar restringido al pequeño grupo de quienes fueron sus discípulos. Y ésa es la justificación de este trabajo: la obra de Lacan debe difundirse para que pueda haber discusión en torno a ella. Se trata acá de encuadrar las líneas fundamentales y dirigir al lector a la fuente ineludible: el propio Lacan, nombre propio con el que cabe designar a un conjunto de textos. Difundir la obra sin pervertirla, tarea imposible, pues esos textos están intrínsecamente condenados a ser rehechos por sus destinatarios, todos los *parlâtres* o “hablantes”. Es el destino del mensaje según una propuesta que Lacan recalco hasta el cansancio: “el emisor recibe del receptor su propio mensaje en forma invertida”.

¿Qué dijo Lacan? (agregar acá “sobre el lenguaje” sería a la vez un flagrante pleonasma y una flagrante infidelidad).² Nada dife-

¹ Jacques Lacan: “*Nomina non sunt consequentia rerum*”, en *Ornicar?*, núm. 16, 1978, p. 7: “No hay metalenguaje. . . En *L'étourdit* (1972) casi hago nacer ese metalenguaje. Naturalmente, eso haría época. Pero no hay época, porque no hay cambio. Ese casi que he agregado a mi frase subraya que tal cosa no sucedió —eso es un simulante de metalenguaje.”

² Pleonasma porque, como ya se dijo, sólo del lenguaje es que Lacan ha dicho cosas. E infidelidad no sólo porque “Me parece difícil no hablar ton-

rente de lo que acá se diga. Por aquello de que “El emisor. . . etc.” Y porque “Que uno diga queda olvidado detrás de lo que se dice en lo que se escucha”, significa que el enunciado proferido ha quedado ya olvidado y es solamente desde eso escuchado y leído que puede volver a Lacan su propio mensaje. En otras palabras, que Lacan se desvanece (en el mismo sentido en que se dice de alguien que se “desvaneció”, perdió el sentido) en lo que dice (*fading* del sujeto de la enunciación) para recuperar el sentido que perdió en lo que de su discurso se escucha y que lo trasmuta devolviéndole una existencia espectral. A no lamentarse por ello: ése es el destino de todo autor.

Imposible metalenguajear. Imposible decir lo que Lacan dijo o lo que Lacan quiso decir so pena de caricatura. Es objetable toda pretensión de decir la verdad sobre Lacan. Pero si cabe y se debe reflexionar sobre la intersección de dos prácticas: una, la de leer a Lacan; otra, la de escuchar lo que dice el paciente en cada hora de análisis. (Desde ya, decir “hora de análisis” implica que no hay imitación de la práctica de Lacan por parte del autor.) Y ver cómo estas dos prácticas se fecundan recíprocamente y se alteran una a la otra. No se lee a Lacan de la misma manera después de una hora de análisis; no se escucha al paciente de igual modo después de leer un texto de Lacan.

Así se hilarán las siguientes reflexiones inspiradas en las proposiciones de Lacan sobre el lenguaje. Sin pretensiones de exhaustividad, ni de originalidad, ni de fidelidad en la reproducción. No tiene sentido hacer un *collage* de citas y referencias bibliográficas. Pero hay momentos en que la reproducción textual es ineludible. Se ha evitado, en la medida de lo posible, la remisión a una palabra consuetudina y definitiva que sería en tal caso la de un Amo-Maestro de la Verdad, pero se ha buscado una cierta ordenación de los materiales de la investigación de modo que el lector pueda rehacer el camino, indicar las desviaciones, señalar los senderos laterales, descubrir los extravíos, encontrar los atajos, evitar los recorridos circulares que no conducen a ningún punto de destino.

Y siguen las salvedades, marcas de la enunciación, indicios de la presencia del interlocutor, del oyente, del lector, del otro que es el autor en tanto que se escucha y se objeta a sí mismo (se objecciona, se objetiviza, se objetaliza) en una situación especular que es la de

tamente sobre el lenguaje” (*Encore*, París, Seuil, 1972, p. 19) sino porque, más tajantemente: “Uno no habla sobre el lenguaje” (*Nomina. . .*, cit.).

todo hablante en lo que habla. El discurso que se leerá no proviene de un lingüista sino de un psicoanalista que se acerca desde fuera a un campo, el del lenguaje, que le es ajeno con la intención reconocida de extraer de allí elementos conceptuales capaces de enriquecer su propia práctica y esclarecer su teoría del inconsciente. En tal caso no puede descuidarse la presencia de intenciones menos confesables, sibilinas: la de enseñar, la de anexar, la de desconocer con el pretexto de "superar". Que el lingüista ejerza, pues, su vigilancia.

Y otra salvedad más, seguramente la última hasta que aparezca la siguiente: la referencia que se hará a la lingüística es parcial, unilateral, en tanto que sólo se tendrá en cuenta a la lingüística de raigambre saussuriana, dejando para la exposición de Raymond Mier la reflexión teórica sobre las no menos conflictivas relaciones del pensamiento lacaniano con la gramática generativo-transformacional.

Con lo dicho puede ya empezar el enfoque de los prismáticos del psicoanálisis sobre el lenguaje, para decirlo en una palabra, Lacan.

II. EL RETORNO A FREUD

Es forzoso que este discurso que apunta a ubicar la obra de Lacan entre el lenguaje y la lingüística tome como punto de partida el mismo del que se valió Lacan, sin que importe por el momento cuán cerca o cuán lejos acabe de tal punto de partida en el final de su obra. Ese punto de partida ya fue señalado en esta obra y no puede ser otro que Freud. Algunas reiteraciones serán inevitables. No importará; la redundancia es crisol y buril de la comprensión por el camino de la perseverancia. Siempre que no se renuncie a ese "gusto por el escollo".

Se puede comenzar con un párrafo de Freud, hoy ya octogenario. Es tan bueno, tan arbitrario y tan insuficiente como cualquier otro para entrar de lleno a des-pedir este discurso. En todo caso, el párrafo seleccionado está cargado de aviesas y confesas intenciones: mostrar que a Freud no se le lee ingenuamente sino que —acá— se le lee desde Lacan.

"Ahora bien, si prosigo para mí mismo el análisis, sin preocuparme por los otros (a quienes, en verdad, una vivencia tan personal como mi sueño no puede en modo alguno estarles destinada), llego a pensamientos que me sorprenden, que yo no había advertido en el interior de mí mismo, que no sólo me son *ajenos* sino también *desagradables*, y que por eso yo querría impugnar energicamente,

mientras que la cadena de pensamientos que discurre por el análisis se me impone de manera inexorable".³

Los pensamientos se encadenan unos a otros y es "la cadena" la que "discurre", hace discurso, es discurso. El yo asiste sorprendido al despliegue de la cadena discursiva. No reconoce allí lo propio; el discurso que tiene que escuchar —es Freud mismo quien lo subraya— le es *ajeno*, es decir, de otro, y es *desagradable*, el yo querría apartarse de tal sucesión de pensamientos, no saber nada de ella. Pero el deseo del analista, en este caso Freud mismo, se sobrepone al deseo del yo. Deseo del analista que no es otra cosa que deseo de escuchar a ese otro que habla al margen y a pesar del yo y que así "se impone de manera inexorable".

La experiencia de asociar libremente, es decir, sin imponer ninguna coacción ni censura sobre lo que llega a la superficie de la conciencia, fuerza a Freud a admitir una división interior en el hablante. Por un lado está la cadena de pensamientos que discurre, el inconsciente, y por el otro está el yo que encuentra que tales pensamientos le son *ajenos y desagradables*. De esta puesta a prueba de sí mismo ("sin preocuparme por los otros") Freud extrae sin más límites la hipótesis de la represión como "un estado de cosas totalmente universal" (idem). El discurso del yo, el discurso cotidiano, el discurso organizado para los otros según las convenciones de la comunicación, pasa a ser sospechado y convicto de ocultamiento y disfraz de otro discurso, el del deseo inconsciente. El discurso del yo para los otros, hay que adelantarlo aunque el gesto pueda ser tachado de apresurado y sólo se justifique a posteriori, es el que se muestra en casi todos los ejemplos que afloran en los textos de lingüística. El discurso otro, el del deseo, aparece incrustado en el anterior, sólo que se presenta como accidente, anomalía. Concretamente, el sueño, el sintoma neurótico, el lapsus, el olvido de esa palabra que se tiene en la "punta de la lengua" (piénsense las dos acepciones), el efecto cómico y la risa del chiste y del "albur" mexicano.

Si el discurso cotidiano es pantalla que oculta y cercena al otro y fundamental discurso del inconsciente, podrán y deberán crearse las condiciones más favorables para que la palabra sofocada pueda hacerse escuchar, para burlar la armadura defensiva y represiva que es la estructuración convencional de la comunicación. La situa-

³ Sigmund Freud (1901): "Sobre los sueños", en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, tomo V, p. 654.

en el discurso mismo. Pero no donde el yo cree que ella está sino en lo que desputa en el discurso al margen de las intenciones comunicativas del hablante. Cuando la verdad apunta en el discurso el yo hace resistencia a su reconocimiento, racionaliza, oculta, reprime.

La verdad, el inconsciente, emerge en el discurso en los momentos en que se interrumpe la continuidad de éste por la aparición de asociaciones consideradas por el hablante como imperpertinentes o molestas. En las "lagunas" del discurso, según reza una conocida metáfora. Por ejemplo, cuando se produce una equivocación que la convención ha querido bautizar como "acto fallido" y que corresponde al más exitoso de los momentos del hablar porque es allí donde se manifiesta la verdad, esa verdad sorprendente y desagradable que es rápidamente acallada con una aclaración: "perdón, quise decir..." ¿A quién se le pide perdón en tal caso, quién ha sido burlado o traicionado por la palabra insólita que se coló en la armadura discursiva? ¿A quién "traiciona el inconsciente" cuando el inconsciente, según la sabia expresión, hoy popular, traiciona? ¿Es que el inconsciente está ahí para servir al yo y sus intenciones comunicativas, único caso en que podría traicionarlo? ¿O puede invertirse el sentido de la expresión y afirmarse que el yo es, precisamente, función de desconocimiento (en ese sentido, de traición) del saber que se manifiesta en el discurso y que excede al yo?

Este es el principio que guía a la técnica del psicoanálisis: crear las condiciones para el despliegue irrestricto de la palabra de modo que pueda emerger ese saber ignorado del que no es posible desdramatizarse. La situación analítica es o tiende a ser una situación experimental de la enunciación en la que se controlan todas las variables extradiscursivas, todo lo que rodea a la palabra, de modo que sólo debería quedar una variable en libertad: el enunciado del analizante, único material del análisis.

El analizante, desde su diván, pasa a elaborar un discurso que, como todo discurso, tanto hablado como escrito, está organizado desde el lugar imaginario del que escucha. Es decir que el diálogo, la interlocución, está estructurado de modo tal que es la respuesta del que escucha la que sanciona el éxito del decir y lo materializa. Ahora bien, del que escucha el que habla tiene una imagen que está centrada alrededor de la imagen que tiene de sí mismo. El que escucha es, para el que habla, un espejo de sí mismo. Y esa imagen de sí mismo la que se realiza en el otro en las condiciones de la comunicación cotidiana. La posibilidad del cálculo astuto, de la disimulación y de la mentira no vienen sino a confirmar esta verdad elemen-

ción analítica está organizada hasta en sus más ínfimos detalles para posibilitar el despliegue de la palabra y ése es el único norte que guía la técnica del psicoanálisis. Psicoanalizar es levantar el ancla de la palabra, hacerla derivar, dejarse llevar por ella. Para Lacan el análisis es una práctica de parloteo, de cotorreo.⁴ Y esta operación de soltar la palabra está preñada. De consecuencias.

El sujeto que se crea autor de un discurso que representaba su verdad ante los otros, identificado con la imagen de sí mismo en el espejismo del yo, queda desmascarado como un simulador. Lo que creía relato objetivo de una experiencia vivida pasa a ser ficción, novela familiar, mito individual elaborado por alguien que no sabe lo que dice aunque diga todo lo que cree que sabe. Pero este hablante sabe más de lo que cree que sabe. Él está identificado con el sujeto de sus enunciados, el que cree que habla y que se llama a sí mismo "yo". Pero el que verdaderamente habla, como lo muestra el ejemplo privilegiado del sueño, es el sujeto de la enunciación que no es "yo" sino Otro o, si se quiere, Ello, y que debe ser situado desde el concepto freudiano de inconsciente.

El sujeto está escindido y su homogénea superficie se ha transformado en campo de batalla de fuerzas contrapuestas. Allí no hay otra realidad que el discurso y el análisis es análisis del discurso que, en el decir de Freud, deberá ser tratado como un "texto sagrado" en el que no caben ni interpolaciones ni tachaduras.

Este es el postulado metodológico fundamental: toda la experiencia del análisis pasa y debe pasar en el campo del lenguaje. Incitado a hablar, aunque sean tonterías, aunque lo que diga sea trivial, incoherente o impertinente, a decir y sólo decir todo lo que se le pase por la cabeza (exigencia de la consigna que es insensata porque nunca podrá decirlo todo), el yo cree tomar el timón del discurso y comienza a presentar esa superficie novelesca y mítica que es la versión (la aversión) que ese yo tiene del sujeto. Arrogándose la jurisdicción sobre la totalidad de la experiencia del sujeto, desconociendo que su hablar es sólo parcial porque no sabe todo lo que dice cuando habla y porque lo que cree que dice es obliteración de la verdad de su ser. Ahora bien, ¿dónde podría encontrarse esa verdad? Obviamente no podría estar en algún lugar inaccesible o inefable del sí mismo ni tampoco en la intuición sobrenatural de quien escucha. Esa verdad se materializa, esto es, tiene existencia material,

⁴ Jacques Lacan (1977): "Une pratique de bavardage", en *Orrnicar?*, núm. 19, 1979, p. 5.

tal de que es en el otro donde se realiza la materialidad del decir. Y el ejemplo más radiante de esta verdad es el de la técnica de la narración de un cuento o de un chiste. Así habla el analizando. No desde una pretendida interioridad del sí mismo, sino desde una situación en la que aspira a hacerse reconocer especularmente por el otro, por el alocutario, convertido en juez de la llegada a la meta de su decir. Y habla; habla a un interlocutor silencioso a quien no puede ver, de quien es poco lo que sabe o lo que debería saber, a un otro desconocido y taciturno. Sobre ese otro proyecta una imagen hecha, por una parte, con la misma madera de la que está hecha su propia imagen especular; por otra, con la idealización, también especular, de ese otro que tendría lo que a su imagen le falta para alcanzar la completud. El analista es, así, objeto de amor y rival especular. Es el "yo ideal realizado";⁵ la imagen ideal de sí, ese punto de ningún desconocimiento ni carencia, supremo bien, *agalma*. El analista es el lugar donde, para el analizando, se realiza el saber de su inconsciente y de su deseo. Supone que aquel al que le habla, el otro, es el saber de lo que él mismo ignora sobre su deseo. En el lugar del otro, sin asumir esa proyección especular, haciéndose Nadie, el analista escucha, sabiendo que no puede, sin imposura, ocupar el lugar del que sabe y que si algo va a aprender, sólo podrá aprenderlo del que verdaderamente sabe, del inconsciente de su paciente que se manifestará en el decir y que es desconocido por ambos a la vez y por igual.

El analista, definirá Lacan, es un sujeto-supuesto-saber, colocado en el sitio de un saber que no tiene, ni él ni ningún otro, que le es transferido por un sujeto-supuesto-ignorar, compuesto a su vez por una palabra que aspira a emerger, la del inconsciente y por una armadura de resistencias que es el yo de las conversaciones cotidianas.⁶

⁵ Jacques Lacan (1960-61): *Séminaire. Le transfert* (inédito).

⁶ Hay que aclarar que no se trata de reducir esta fórmula del sujeto-supuesto-saber a una simple creencia imaginaria de que el analista es la persona que uno cree que sabe. Es la suposición de que el saber está encarnado en alguien que es dueño del saber. Es precisa la formulación que propone Nasio: "el saber supuesto Sujeto". El que se imagine que el analista detenta ese saber es un asunto secundario, una consecuencia constituida en lo imaginario por la presencia actuante de esta estructura transubjetiva, fundamento de la transferencia, que es el sujeto-supuesto-saber. Cf. Jacques-Alain Miller: "Algorithmes de la psychanalyse", en *Ornicar?*, núm. 16, 1978, p. 19, y Juan David Nasio: *La voz y la interpretación*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1980, pp. 53-69.

Las resistencias, se ha dicho; caben algunas puntualizaciones.

Se habla para el otro, desde el otro, en el otro. Pero, a su vez, ese otro está hecho por proyección de una imagen especular. Así, también puede sostenerse que se habla solo, siempre solo, con un doble reflejado. Al hablar se transmite un no sabido, el inconsciente, que sólo desde el otro y desde la recepción que ese otro dé a la palabra podrá resignificar el mensaje y volver con su carga de sentido sobre el hablante. Ciertamente, sólo en la medida en que ese sentido pueda ser integrado como propio por el yo del enunciado (*Wo Es war, soll Ich werden*: donde Ello estaba, deberá Yo llegar a estar). Si el sentido no puede ser integrado en la cadena discursiva es que se está frente al fenómeno de la resistencia que define, junto al de transferencia y desde tiempos de Freud, al campo de acción de la práctica analítica. Así es como cabe definir a la resistencia, más allá de todas las distorsiones que sufrió el concepto: *resistencia es la imposibilidad para la integración del sentido del propio discurso en la interlocución*. Ahora bien, comió es el otro donde ese sentido se concreta y de donde puede volver sobre el sujeto, es el otro el que puede ejercer la resistencia. Y la ejerce, a menos que acepte ser no otro, no yo, psicoanalista, neutro. Por donde se entiende la fórmula chocante de Lacan: "No hay en análisis otra resistencia que la del analista".⁷

Lo que así se esclarece es que tanto la resistencia como la transferencia, ejes del proceso analítico, quedan definidas materialmente como integrantes del discurso, como fenómenos pertenecientes a "la función y campo de la palabra".

El paciente habla a una imagen hecha en función de su propia subjetividad. Debido a que el psicoanalista calla, él habla hacia un lugar que él mismo ha inventado en función de ciertos "modos permanentes según los cuales constituye sus objetos".⁸ Se proyecta y se refleja especularmente en ese otro. Llega a reconocer su propio deseo animándolo en la persona imaginaria del analista. Es la transferencia. Espera y demanda del otro muestras de su deseo, la fijación de metas, el otorgamiento de señales de aprobación o desaprobarción, premios y castigos, reconocimiento, manifestaciones

⁷ Jacques Lacan (1954): "Introduction au commentaire de Jean Hyppolite...", en *Écrits*, Paris, Seuil, 1966, p. 377 [*Escritos II*, México, Siglo XXI, 1975, p. 137].

⁸ Jacques Lacan (1951): "Intervention sur le transfert", en *Écrits*, cit., p. 225. [*Escritos I*, México, Siglo XXI, 1971, p. 47].

de amor, consideración y preferencia. Pero algo falla en este intento de repetición, re-petición de una petición anterior, y es porque el otro no juega como todos los otros con los que se ha topado en su vida. El analista está allí, como no otro, siempre ne-utro, sin juzgar de nada de lo que oye. Induce así un rebote de la palabra que lleva al cuestionamiento del propio sujeto: ¿quién es este "yo" que así se expresa y por qué pide al otro lo que le pide?, ¿qué me falta? Pues la palabra rebota en el silencio del Otro y retorna sobre el emisor como una pregunta: ¿Qué quieres?

Al hablar pide y al pedir repite, repite, actualiza en la cadena significante una demanda anterior dirigida a alguien que supuestamente podía responder a ella y que no lo hizo produciendo así una detención, una suerte de "fijación" de la demanda a un cierto significante. La repetición analítica permite así una actualización del pasado con reconsideración de la manera en que ese pasado ha sido significado por el sujeto. Deben transmutarse el mito individual y la novela familiar. Resignifica, reescribe la historia. No se trata de volver al pasado, de una "regresión" como se dice por ahí, sino de una reactualización del pasado en el presente en la línea de algo que será, merced al análisis, un progreso en lo simbólico. La noción freudiana de "regresión" es prisionera de una concepción ingenua y lineal del tiempo, de la sucesión de los sistemas psíquicos, de la cronología de los modos de expresión, que Freud mismo supera cuando propugna el valor determinante para el sujeto de la "compulsión de repetición" que no es otra cosa que la insistencia del significante.

La historia es de este modo la totalización de una experiencia subjetiva que no está en el pasado, inerte ya, sino virtualmente en una integración por venir; es la forma en que el pasado quedará inscrito en el futuro. Un futuro que es de discurso y que acabará por modificar radicalmente las relaciones del sujeto con su mundo que es, claro está, un mundo organizado por la palabra y el lenguaje.

III. EL SUJETO Y EL INCONSCIENTE

Merced a esta experiencia de restitución de la continuidad de la historia que se pone en juego en cada caso es que el psicoanálisis ha podido elaborar una teoría de la constitución del sujeto que conlleva trascendentales consecuencias para muchas disciplinas, para todas tal vez, pero muy particularmente para la lingüística. Para que este alcance se haga evidente desde ya, hay que partir des-

de la conclusión y luego rehacer el desarrollo: el hablante, el *hablante (parlêtre)* como probablemente preferiría llamarlo Lacan si fuese él hispanohablante, el hablante, considerado tradicionalmente como un operador de la lengua que emite determinado mensaje y trasmite de ese modo su pensamiento o su intención, lejos de ser el autor constituyente de tal mensaje, es por su parte un ser constituido por el lenguaje. El sujeto que habla y que pide es un efecto del significante y está ubicado de manera siempre fugaz entre el significante que lo constituye y el significante que emite y que él representa ante otro (significante). Es hora de rehacer sintéticamente el desarrollo que impone esta conclusión.

El sujeto, psicoanalíticamente hablando, no tiene origen. Antes de nacer a la vida, antes de hablar, antes de la fecundación, es ya el objeto del discurso, del deseo y de la fantasía de los otros. Su concepción, encuentro no fortuito de un espermatozoide y un óvulo, está ya regulada por el lenguaje que impone las relaciones de parentesco y define a las alianzas de hombre y mujer como posibles o imposibles según la Ley, ley universal de la prohibición del incesto. Por ella, lo imposible, es el deseo cumplido.

El advenimiento del nuevo ser se hace en relación, a favor o en contra o las dos cosas a la vez, del deseo de los progenitores, estructurados ellos a su vez de la misma manera, con la misma relación de excentricidad respecto de la ley, efectos contradictorios, también ellos, del deseo de sus padres, abuelos de ese nuevo sujeto. El orden de la ley preside la vida del sujeto, preexiste a él y ordena su inclusión en la historia. Se escucha el eco de la voz de Sócrates en el *Critón*: las leyes son responsables del nacimiento, la alimentación, el sustento y la educación de los hombres así como del disfrute o la privación de los bienes de la comunidad. El ser humano, su vida y su muerte, son hechos de legislación, hechos de lenguaje, antes y más allá de la existencia empírica. En tanto que organismo, el hombre es, al igual que los animales, sujeto de la necesidad desde que nace. Hay, sin embargo, una diferencia fundamental: estriba en que, por el doble hecho de la inermidad biológica y de la organización cultural, la satisfacción de la necesidad humana es imposible sin el auxilio de un otro humano, regulado a su vez por el lenguaje.

Sólo queda remitirse al apartado I de la primera parte del *Proyecto de psicología*⁹ por donde Freud fraguó el camino de su entra-

⁹ Sigmund Freud (1895): *Proyecto de psicología*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1982, tomo I.

da al psicoanálisis. El recién nacido, sujeto de la necesidad, en un estado de total desamparo, experimenta un estado de emergencia absoluto de su organismo. Muchas son las manifestaciones de tal estado, la conmoción es generalizada. Una de sus manifestaciones está destinada a alcanzar un estatuto privilegiado: el grito. Es el otro humano —llamado madre— el que responde a ese primer grito no intencional del niño interpretándolo como demanda de alimento y aportando el objeto específico, la leche. El niño nada demanda; es el otro el que concede significación a su grito y lo hace pasar de la derelicción más absoluta a la satisfacción más completa, de la muerte a la vida. Así es como se inscribe este embrión de aparato psíquico que es la experiencia de satisfacción: como diferencia entre la nada y el todo. Quedará para siempre como modelo inalcanzable del cumplimiento del deseo: una meta donde la condición del todo de la vida y el goce es el pasaje por la aniquilación y la nada.

La reparación de la necesidad conduce a la repetición del grito, claro que ahora no se trata de un grito inintencional. Ahora está cargado de significación: es demanda de la reaparición del otro como soporte de la satisfacción anhelada. El grito ha devenido significativo de una demanda todavía inarticulada como palabra. La condición de este proceso es que haya un otro capaz de interpretar el grito como demanda y dispuesto, pre-parado, para responder a la demanda sin estar obligado a ello por otra cosa más —y por nada menos— que el orden de la Ley. Eventualmente el otro puede decir que no. Demuestra cuando acude en auxilio del recién nacido que, aunque sea con renuencia, quiere que el niño sobreviva, que quiere al niño. El ofrecimiento del pecho es, también, significativo de un deseo. La demanda es así de doble entrada: del niño por el alimento, transformado automáticamente en significativo de la respuesta del otro a su demanda; del adulto, que el niño venga a satisfacer su propio deseo, que el niño desee ser deseado y nutrido por ese adulto. El deseo es deseo del otro como deseante, es deseo del Otro.

La demanda, en tanto que es demanda de amor y reconocimiento, es siempre circular. Sería ingenuo y contrario a la experiencia pretender que el intercambio entre el niño y su madre (término con el que se designa aquí al adulto encargado de atender a sus necesidades, independientemente del sexo y del parentesco biológico), es intercambio de sustancias alimenticias y excrementicias. Ciertamente ese toma y daca de leche y caca existe, pero su función en el desarrollo humano está dado por el carácter que tales sustancias prontamente asumen de ser significantes del deseo cuyo objeto

es según se sabe desde la *Fenomenología del espíritu*, un objeto no natural: el deseo del otro o, como puede formularse ahora, de los significantes de ese deseo.

El comienzo del sujeto en la vida en este mito del origen propuesto por Freud está marcado por esta experiencia originaria de satisfacción, donde la demanda es absoluta y recibe una satisfacción también absoluta, no empañada por ninguna comparación con una experiencia anterior de gratificación. En el sujeto queda inscrita una huella mnémica que lo es de esta diferencia entre la nada y el todo, de la reducción definitiva y a cero de la demanda por la disponibilidad del otro. A partir de entonces el deseo del sujeto se canaliza hacia la repetición de esa satisfacción incondicional. Satisfacción que encontrará ante sí dos caminos, como Proust: a) por el camino del principio del placer, indicado por la alucinación que resulta de la reactivación de las huellas de la experiencia de satisfacción, en ese campo de la realidad psíquica que ilustra la experiencia onírica, donde los significantes de la demanda se escenifican por medio de la condensación y el desplazamiento, y b) por el camino del principio de realidad, repitiendo la demanda primeramente como grito y después como palabra articulada que se dirige al otro, reencarnación de ese Otro primitivo y ya para siempre desaparecido de la reducción absoluta de la demanda. Lo de los dos caminos es una analogía insuficiente porque, como se sabe, el principio del placer se cuela mediante el juego significativo en el habla intencional y porque los procesos secundarios tienen un papel variable en la configuración del sueño.

La realidad psíquica está comandada por el principio del placer y el sujeto se encuentra tendido, extendido, sextendido, hacia el cumplimiento del deseo que es deseo del reencuentro de una percepción, real o alucinatoria, que se corresponda con la huella mnémica de la experiencia de satisfacción. Así, el deseo no es anhelo; es nostalgia. No puede confundirse con las ganas de algo. Al hablar de algo que se corresponda con una huella, se está especificando inequívocamente que el deseo se ubica, desde siempre, en el campo del significado,

Dijo un analizante: “De repente, uno mira por el hoyito del catodoscopio y ve una forma maravillosa; uno se queda prendido, maravillado, por esa imagen, luego, tac, un golpecito insignificante y ya no es lo mismo, uno quiere que vuelva la imagen anterior, la primera. Entonces tac-tac, más golpes y nunca es igual hasta que tac-tac-tac, a uno se le va la vida”. No se podría formular en menos

palabras esta insistencia de la producción significante guiada por el cumplimiento imposible del deseo.

Como hablante, como hablante, el sujeto articula la cadena significante como re-petición, tac, del objeto perdido. Sea cual fuere el objeto que se ofrezca para satisfacer la demanda, ese objeto estará marcado por un menos, por una carencia que lo distingue y lo separa del objeto del deseo. "Así, el deseo no es ni el apetito de la satisfacción, ni la demanda de amor, sino la diferencia que resulta de la sustracción del primero a la segunda, el fenómeno mismo de su hendidura (*Spaltung*)".¹⁰ El norte del sujeto que lo lanza hacia la realidad es un objeto inexistente (con la existencia fantasmal de una huella que lo recuerda) que se empeña en alcanzar a través de los objetos que puede nombrar y que lo dejarán siempre relativamente insatisfecho, eternamente consagrado a una fuga metonímica que es la estructura del deseo humano en tanto que debe pasar por los significantes articulables en la demanda. No puede ser otra la manera freudiana de entender a la pulsión en la obra de Freud: "La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción; todas las formaciones sustitutivas y reactivas, y todas las sublimaciones, son insuficientes para cancelar su tensión acuciante, y la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra al factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas, sino que, en las palabras del poeta, 'acicatea, indomeñado, siempre hacia adelante' (*Fausto*, I)."¹¹

Permanece para siempre un resto de insatisfacción, efecto del empujado constantemente hacia otra cosa (esa fuerza es la pulsión) que anhela (re)encontrar y que, al no hallarla, intenta crear en la realidad. Esta creación sólo puede hacerse en el campo del significante, de las prácticas discursivas, de un cierto trabajo sobre la materia natural y cultural previamente obrada por la práctica de los hombres, sobre la realidad en tanto que humanizada, *Wirklichkeit*, sobre el orden simbólico, presupuesto y condición de todo trabajo.

Claro está que el objeto de este deseo es innombrable y todas las analogías propuestas para designarlo revelan algún tipo de caren-

¹⁰ Jacques Lacan (1958): "La signification du phallus", *Écrits*, cit., p. 691 [*Escritos I*, cit., p. 285].

¹¹ Sigmund Freud (1920): *Más allá del principio del placer*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, tomo XVIII, p. 41.

cia. Puede convenir reseñarlas: retorno al claustro materno, completud, narcisismo primario absoluto, deseo de ya no desear, muerte. Este deseo es condición del discurso a la vez que inarticulable en él. Está sometido a una represión que es anterior a la función del lenguaje, represión originaria, que es efecto del lenguaje como estructura y que engendra una insana división en el sujeto. Claramente: el lenguaje como función del sujeto, como habla, es secundario al funcionamiento del lenguaje como estructura anterior a toda experiencia y es efecto de esa integración de un cuerpo inerte y necesitado en el orden de la cultura. El sujeto está sometido al discurso del Otro antes de ser autor de un discurso que lo representa ante el Otro. Lacan expresa esto en fórmulas rutilantes, más frecuentemente repetidas que comprendidas: "el inconsciente es el discurso del Otro", "el inconsciente está estructurado como un lenguaje", "el lenguaje es la condición del Inconsciente", "lo que enseñamos al sujeto a reconocer como su inconsciente es su historia", "el inconsciente es aquella parte del discurso concreto en cuanto transindividual que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente" y "el hombre habla pues, pero es porque el símbolo lo ha hecho hombre".

Con lo que se encuentra y se restituye el sentido dado desde un comienzo por Freud a la experiencia del Edipo, ese hecho del lenguaje que es estructura estructurante de la subjetividad, expresión mítica de esta inclusión del hombre en las redes del significante con renuncia al objeto originario del deseo. Para poder ser, después, hombre o mujer. Aceptación de la castración como mujer o con respecto a una mujer que incluye una promesa de relación genital con otra mujer o con otro pene exterior a la prohibición. Y también marca de la mujer o del hombre posibles por la sombra que sobre ellos recae de la interdicción original, de modo tal que en la pulsión sexual queda siempre algo de inalcanzable e irreductible. Es Freud quien escribe: "A mi juicio y por extraño que parezca, habremos de sospechar que en la naturaleza misma de la pulsión sexual existe algo desfavorable a la emergencia de una plena satisfacción. . . Debemos pues familiarizarnos con la idea de que no es posible armonizar las exigencias de la pulsión sexual con las de la cultura. . . Ahora bien, esta misma incapacidad de proporcionar una plena satisfacción, que la pulsión sexual adquiere en cuanto es sometida a las primeras normas de la civilización es, por otro lado, fuente de máximos repdimientos culturales, conseguidos mediante una sublimación progresiva de sus componentes pulsionales. Pues, ¿qué motivos

tendrían los hombres para dar empleo distinto a sus energías pulsionales sexuales si tales energías, cualquiera que fuese su distribución, proporcionasen una plena satisfacción placiente.¹² En este "extraño" planteo de Freud, retomado en *El malestar en la cultura*, se basa la insólita tesis lacaniana de que "no hay relación sexual" que propongo traducir como "no hay reporte sexual".¹³ Puede decirse, más brevemente, eros-ión.

Así, por su insatisfacción, efecto del lenguaje, el hombre habla, eslabona una secuencia discursiva, se aboca a la creación significativa; él (o ella), que es creación del significante y que lleva sus marcas en cada punto sensible de su piel; él, que con su hablar evoluciona un goce imposible; él, que con el placer originario, y tratando de repetirlo, hace la realidad; él, que nace con su cuerpo entregado a un orden simbólico que lo ad(re)quierer; él, que busca su placer jugando con el significante, sublimando, haciendo chistes, representando y haciéndose representar en el teatro en esa tentativa de purificación que los griegos llamaban catarsis y que como "método catártico" fuera articulada por Freud en los albores de su obra psicoanalítica; él y ella que se brindan sus cuerpos en la eros-ión del reporte sexual imposible por la tachadura significativa.

Pues el hablar, el poner en juego el significante, no es actividad intrascendente ni gratuita. Al hablar se incluye el hombre, no puede no incluirse, en el orden de la verdad. Y siempre en deuda con ella. Pues esa cosa, exhalación que sale del hablante, no es nada, es mucho más que aire en movimiento, es representante del sujeto que aspira a ser reconocida como verdad. Precisamente porque pudiera no serlo, porque existe la posibilidad del engaño y de la mentira. Y también porque, necesariamente, es verdad parcial en tanto que el sujeto está partido por el significante en consciente e inconsciente. Y, ya se vio, porque es en el Otro donde esa verdad habrá de ser significada y desde el Otro volverá sobre el hablante abriendo las compuertas para la integración de Ello a Yo. A esa indecible verdad del inconsciente, de la que no hay saber previo, apunta el psicoanalista cuando invita al paciente a decirlo "todo".

¹² Sigmund Freud (1912): "Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa", en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, tomo XI, p. 183, y Santiago Rueda, 1954, tomo XIII, p. 79.

¹³ Néstor Braunstein: "Nada que sea más siniestro (*unheimlich*) que el hombre", en *A medio siglo de "El malestar en la cultura" de Sigmund Freud*, México, Siglo XXI, 1981, p. 191.

Ha llegado la hora de abordar el inconsciente, objeto del psicoanálisis producido y propuesto por Freud según cualquiera sabe y repite, sin que por eso tenga que saber nada sobre él (pues él es el que los sabe a todos).

El inconsciente es la sede del mayor equivoco teórico y técnico que atormenta al psicoanálisis y su transmisión. Sin el concepto de inconsciente se esfuma el psicoanálisis pero con su concepción como negativo de la conciencia o como ausencia de la misma el psicoanálisis se esteriliza. Por otra parte, la repetición mecánica de frases como "el psicoanálisis consiste en hacer consciente el inconsciente" lleva a suponer que el inconsciente es una cosa o sustancia que está ya ahí, esperando que alguien lo descubra y lo lleve a la conciencia con lo cual habrá desaparecido por agotamiento y desecación.

Son dos negaciones que se implican recíprocamente y recaen ambas sobre él. La primera lo considera como una conciencia subarrollada, imperfecta o defectuosa. La segunda lo reifica, lo hace pez, lo pacifica y así lo opacifica; lo pacifica, lo domestica, pues concede al analista caña y anzuelo para pescarlo en río revuelto.

Lacan, frente a la concepción difundida del inconsciente como un continente o como una botella en la que nadan ciertos contenidos, postula que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, o sea, que habla sin que nada preexista ya hecho en él. Retoma a Freud, Freud que sostiene que el sujeto, cuando habla, sabe, pero como no sabe que sabe cree que ignora. Y eso que cree ignorar es algo que se escapa a cada momento cuando no se hace resistencia a escucharlo. Porque cada hablante expresa en su decir ese plus de sentido que lo habita y que se llama el inconsciente.

Es un saber ignorado que, sin embargo, no preexiste a su surgimiento en el decir sino que se constituye retroactivamente a partir de que el decir ha sido dicho por el hablante. Es resignificación, abrochamiento del encadenamiento discursivo a un sentido ignorado, inesperado y sorpresivo. El inconsciente se evidencia cuando el hablante se desconcierta por lo que su decir le revela de sí mismo y le descubre retroactivamente el espejismo en el que creía vivir, en el que vivía creyendo. Por eso es que salta y se le aprecia más fácilmente en los accidentes del discurso. Suspensiones, lagunas, cortes, homofonías, chistes involuntarios, polisemia, omisiones en la repetición, etc. No se trata de "agarrar" al inconsciente sino de descifrarlo porque el inconsciente es ciframiento, composición de materiales heterogéneos y ordenación de los mismos según directivas que recaen al principio del placer.

Decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje es decir que no tiene realidad concreta y material, sustancialidad, sino que es una hipótesis derivada de los efectos del decir, una atribución formulada retroactivamente a partir de que el sujeto dice siempre más de lo que sabe y que en ese saber ignorado están comprometidos el goce del sujeto y su relación con la ley y con el orden significante.

Una hipótesis, esto es, algo no probado pero probable. Así se expresa Lacan en un texto poco conocido: "Es curioso notar, incluso no estando este caso absolutamente probado, que las palabras son el único material del inconsciente. No está probado, pero es probable (y en cualquier caso, yo nunca he dicho que el inconsciente sea una reunión de palabras, sino que el inconsciente está precisamente estructurado... como un lenguaje)."¹⁴ Para J.A. Miller,¹⁵ en este punto se resume el sentido de toda la obra de Lacan: "Es la secuencia, quizás intrínsecamente infinita, de las consecuencias de la tesis de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. . . digo 'tesis' y no 'dicho', 'axioma' o 'teorema' . . . porque es indemostrable [aunque] de todas maneras refutable: bastaría para ello con un contraejemplo, que hasta el día de hoy no ha llegado: tesis en consecuencia incesantemente verificada".

Pero decir que está "estructurado como un lenguaje" es, para el propio Lacan y en el mismo texto recién citado, una redundancia "porque 'estructurado' y 'como un lenguaje' significa para mí exactamente la misma cosa". Y, más adelante, precisando qué entiende por "un lenguaje" aclara: "Cuando digo 'como un lenguaje' no quiero decir como una clase especial de lenguaje (por ejemplo, el lenguaje matemático, el lenguaje semiótico, el lenguaje cinematográfico). El lenguaje es el habla, el idioma, y hay solamente una clase de lenguaje: el idioma concreto —inglés o francés, por ejemplo— que habla la gente". Poco más tarde Lacan habría de acuñar un nuevo vocablo para designar eso del lenguaje que habla concretamente la gente y que debe distinguirse de la lengua que formalizan los lingüistas: es lalengua, objeto de la sección VI de este tra-

¹⁴ Jacques Lacan (1966): "De la estructura como *inmixing* del preterrito de alteridad de cualquiera de los otros temas", en Richard Macksey y Eugenio Donato: *Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre. Controversia estructuralista*, Barcelona, Barral, 1972, p. 206.

¹⁵ Jacques-Alain Miller: "Algorithmes de la psychanalyse", en *Ornicar?*, núm. 16, 1978, p. 15.

bajo. Pero se puede adelantar, desde ya, que en la fórmula: "el inconsciente está estructurado como un lenguaje", un lenguaje no es cualquier lenguaje sino lalengua.

La palabra "estructurado" de la misma fórmula solicita también ciertas aclaraciones. En primer término hay que destacar la *pasividad* de la forma gramatical: el inconsciente no es estructurante sino estructurado. La expresión "como un lenguaje" debiera ser redoblada: "como un lenguaje y por el lenguaje" puesto que el lenguaje, el orden simbólico, es condición de existencia del inconsciente.¹⁶ El lenguaje, estructurante, es ese fundamento que posibilita que haya efecto de lenguajes (o de lalenguas), ya no uno sino muchos, de modo que cada uno de ellos se especifica como diferencia de todos los demás lenguajes. "Como un" lenguaje deslinda a "ese" lenguaje como un subconjunto respecto de "el" lenguaje como estructura estructurante, activa, que imprime al Inconsciente su sello de pasividad, "estructurado".

Este último término, cemento de la fórmula que une al inconsciente con el lenguaje, no remite a ninguna concepción ambigua de la estructura. "Estructurado" significa, simplemente, que se trata de un real organizado por lo simbólico, es decir, un real humano, trabajado por el lenguaje. "La estructura es lo real que se abre paso en el lenguaje".¹⁷ Con esto la tautología indicada por Lacan se confirma porque se duplica la ligazón entre "estructurado" y "como un lenguaje". Y puede aventurarse una formulación esclarecedora: el inconsciente es lo real que se abre paso en el lenguaje. Lo real, en este caso, es lo real del deseo, de su cumplimiento imposible y de su búsqueda en una serie infinita de sustituciones significantes.

Al lenguaje, por lo demás, no se le debe entender en términos empíricos, como modo o conjunto de modos de comunicación sino como una estructura configurada por elementos materiales, los significantes, entre los cuales sólo hay diferencias sin términos positivos, y por cuya combinación se hace posible, como un efecto secundario, la transmisión de mensajes que son estructurantes de los sujetos o hablantes.

Justamente porque el inconsciente está estructurado como un

¹⁶ Jacques Lacan (1970): "Prólogo", en Anika Rifflet-Lemaire: *Lacan, Barcelona*, Edhasa, 1971, p. 19, y Jacques Lacan (1972): "L'Étourdit", en *Scilicet*, núm. 4, p. 45. Allí figura esta formulación: "Es manifestamente por el lenguaje que yo doy cuenta del inconsciente" (cursivas de Lacan).

¹⁷ Jacques Lacan (1972): "L'Étourdit" cit., p. 33.

lenguaje es que en el análisis ese inconsciente se ordena en un discurso concreto dentro del habla. "El inconsciente es aquella parte del discurso concreto en cuanto transindividual que falta a la disposición del sujeto para restablecer la continuidad de su discurso consciente".¹⁸ Se ordena, se profiere diacrónicamente y se crean así esos efectos de sentido que Freud llamó "formaciones del inconsciente". Allí es claro cómo aparece el inconsciente bajo la forma de mensajes a descifrar que conducen al deseo, a la prohibición, a la regulación de la sexualidad, a la estructuración de un sujeto que se relaciona con su propio goce bajo el emblema de la ignorancia. "En todos los momentos importantes del relato [del tormento de las ratas introducidas por el ano] podía observarse en él una singular expresión fisonómica compuesta, que sólo podía interpretarse como signo de horror ante su placer del que no tenía la menor conciencia".¹⁹

Este "placer del que no tenía la menor conciencia" es un hueso teórico duro de roer. ¿Quién siente en tal caso el placer y qué puede querer decir un placer ignorado por el que lo experimenta? Frente a esta dificultad es que se erige en la teoría la noción de goce. El goce es del orden de lo que no se dice, es y está en el horizonte del deseo como deseo de ya no desear, apareciendo en el sintoma que lo marca como imposible y lo carga con los estigmas del sufrimiento, ligado a la pulsión de muerte, y soportado por el lenguaje que debe, en su ordenamiento, erigir una barrera, la del placer, que actúa como dique de contención del deseo: "A lo que hay que atenerse, es a que el goce está prohibido a quien habla como tal, o también que no puede decirse sino entre líneas para quienquiera que sea sujeto de la Ley, puesto que la Ley se funda en esta prohibición misma. . . Pero no es la Ley misma la que traba (*barre*) al sujeto el paso hacia el goce, ella solamente hace de una traba (*barrière*) casi natural un sujeto trabado (*barré*)."²⁰

¹⁸ Jacques Lacan (1953): "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", en *Escritos I*, cit., p. 79 [*Écrits*, cit., p. 258].

¹⁹ Sigmund Freud (1909): "A propósito de un caso de neurosis obsesiva", en *Obras completas*, Buenos Aires, Santiago Rueda, tomo XVI, p. 19, y Buenos Aires, Amorrortu, 1980, tomo X, p. 133 (cursivas de Freud).

²⁰ Jacques Lacan (1960): "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano", en *Escritos I*, cit., p. 333, [*Écrits*, cit. p. 821].

Paradójicamente, la noción de goce imposible como sujeto del deseo es la que permite comprender al placer, ese del que se habla cuando se dice "principio del placer". Para el psiquismo la meta del placer es representante, no de una sensación a alcanzar, sino de un principio de regulación y freno del deseo que reconoce un doble fundamento: primero, esa "barrera casi natural", ese algo "que no es sólo la presión de la cultura, sino algo que está en la esencia de la función (sexual) misma, lo que nos deniega la satisfacción plena y nos esfuerza por otros caminos".²¹ Y que lleva a Lacan a decir que la relación (*le rapport*, no *la relation*) sexual es imposible. Y, segundo, esa regulación y freno del deseo es efecto también del lenguaje, concretamente de la Ley de prohibición del incesto que erige la barrera de la castración y separa recíprocamente al hijo y a la madre consagrando al sujeto a entrar en el mercado de los intercambios simbólicos y carnales. El sujeto es desde siempre sujeto de la Ley y, por efecto del significante, debe renunciar a su deseo para buscar otro significante suplente del primero con el que regulará sus relaciones acordándose al principio del displacer-placer. No es entonces el placer la meta del deseo, es su sustituto; es, más bien, el indicador de la subsistencia del deseo infantil, incestuoso y perverso, bajo la apariencia de una sumisión siempre resistida al significante. Por eso Lacan puede llegar a hablar del principio del placer como "eso que se satisface con el blablablá"²² y Safouan, que "El *Lustprinzip* se acuña en las posibilidades de identificación ofrecidas por el significante".²³

Así es como el displacer-placer conduce hacia la estructura del inconsciente, fundado en la imposibilidad del goce y su constante deslizamiento por los senderos del significante; algo que se despliega con máxima claridad en la experiencia del chiste, articulación nada anecdótica del goce y la palabra. Pues el goce es este horizonte que se presentifica en el decir bajo la modalidad de una evocación. Este es el sentido del inconsciente freudiano, ese ordenamiento significativo que se alcanza en la situación analítica como retroacción

²¹ Sigmund Freud (1930): *El malestar en la cultura*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, tomo XXI, p. 103.

²² Jacques Lacan (1973): *Le Séminaire. Livre XX. Encore*, Paris, Seuil, 1975, p. 53.

²³ Moustapha Safouan: *Le structuralisme en psychanalyse*, Paris, Seuil, 1968 [*El estructuralismo en psicoanálisis*, Buenos Aires, Losada, 1975, p. 80].

del decir. En el análisis el hablante goza. Goza como el hombre de las ratas, sin querer saber nada de ello, anulándose en ese decir que lo representa ante el otro, habría que decir ante el otro ajeno, el analista colocado en el lugar del Otro, y el otro que es él mismo como imagen en la que se aliena su existencia subjetiva, como yo. Se encuentra de este modo la validez de la fórmula de Nasio: "El analista es el que evoca (*rappelle*) el goce."²⁴

El inconsciente realiza en el decir la evocación del goce. Es el desconocido que trasciende las miserias y servidumbres de los seres hablantes y alcanza la raíz nutricia que los habita y los hace, el lenguaje. El inconsciente es el poeta que reside en cada ser hablante: la prueba es el sueño, ese sueño que la experiencia psicoanalítica enseña a descifrar como una charada, pero como una charada cuyo sentido no está sustancializado y esperando a que se le descubra sino como una abertura a múltiples sentidos que se abalanzarán sobre lo dicho en la charada del análisis bajo esa consigna imposible del "diga todo..." que lanza al sujeto a enhebrar tonterías. Tonterías enhebradas en las que habrá de engancharse un sentido que significará al sujeto como sujeto de la enunciación distanciado, existente, al sujeto del enunciado.

Al recorrer este hilo de tonterías el inconsciente llega a existir por un acto analítico. Logra por este camino su lugar como "un hecho que se sostiene por el discurso mismo que lo establece".²⁵

Ahora se ha desembocado en un estado paradójico en la conceptualización del inconsciente. Por una parte, es una deducción, una suposición, una atribución,²⁶ una tesis indemostrable,²⁷ "la hipótesis de que uno no sueña solamente cuando duerme".²⁸ Por la otra, es "discurso concreto" (ya citado), "un hecho", un ser con existencia material de la que son un efecto la vida de los sujetos, sus deseos, sus afectos, sus pulsiones, sus odios y amores. Además, por una parte es "transindividual", "discurso del Otro", "hecho de lenguaje", "efecto del significante". Por la otra, es "siempre individual" y "el inconsciente es que en resumidas cuen-

²⁴ Juan David Nasio: "Aquiles o el analista", *Lust*, núm. 1, p. 87 (México, 1978) y *L'inconscient à venir*, París, Christian Bourgois, 1980, p. 149.

²⁵ Jacques Lacan (1972): "L'étourdit", cit., p. 35

²⁶ Jacques Lacan (1977): "Vers un signifiant nouveau", *Ornicar?*, núm. 17-18, 1979, p. 19

²⁷ Jacques-Alain Miller: "Algorithmes de la psychanalyse", cit., p. 15.

²⁸ Jacques Lacan (1977): "Une pratique de bavardage", cit., p. 5.

tas cuando uno habla —en tanto que hay hablante (*parlêtre*)— lo hace completamente solo. Uno habla completamente solo porque uno no dice nunca más que una única y misma cosa —a menos que uno se abra a dialogar con un psicoanalista"²⁹ es decir con un no-otro, con alguien que no hace resistencia al pasaje de la verdad en el discurso. Porque el hablar con el otro (especular) de la preterida comunicación es actuar como molino de palabras, abrirse a la incompreensión, mover el aire para transmitir significados convencionales, comunicar los sentidos preconcebidos con desconocimiento de ese sentido del Otro que ha configurado a los hablantes, decir siempre lo mismo, eso que puede grabarse en un disco y que se pasa de boca en boca como palabra vacía (en francés, *parole vide*, en español, *parol-vidar* o, qué puede importar a estas alturas un neologismo más, lugarcomunismo).

Es la suspensión de la interlocución en la situación analítica (véase en este mismo volumen el trabajo de Hans Saettele) la que abre el camino para que el sujeto, al no hablar con-otro pueda hablar con uno, sin-cero. Y el inconsciente es ese hablar solo con uno mismo "hasta que sale eso que se llama un yo, del que nada garantiza que no pueda ponerse a delirar",³⁰

Para sumar otra formulación a esta misión imposible de definir con un lenguaje de exposición algo que sólo se presentifica como descubrimiento, podría decirse: "el inconsciente es todo lo que en el decir excede al saber" o "es el saber que está en el decir y que no es el saber de nadie" o, lo que paradójicamente es lo mismo, "el saber que está en el decir y que es el saber de nadie".

El saber de nadie; excluido queda que sea el saber del analista. El inconsciente se muestra como esta emergencia inesperada de la verdad del goce en las lagunas del discurso. Cuando el inconsciente surge el sujeto no se reconoce. Es ese pensamiento "que me es ajeno y desagradable" según la manifestación de Freud que sirvió casi de epígrafe de este trabajo. Se rompe el espejismo del espejo y se puede pasar de la objetivación del ser en la imagen especular ("ése soy yo" —dice uno, y señala la superficie azogada de un cristal o un pedacito de papel llamado fotografía) a la subjetivación del ser como historia materializada en un discurso, como resignificación del pasado en que se escenificaba la insistencia repetitiva del

²⁹ Jacques Lacan (1977): "L'insu que sait de l'une bévue, s'aile à mourre", *Ornicar?*, núm. 14, 1978, p. 7.

³⁰ *Ibid.*, p. 8.

184 LINGÜÍSTICA

deseo sin que nadie lo supiese. Y sin que nadie lo supiese por efecto de la censura, del superyó, heredero del complejo de Edipo, representante de la autoridad de los padres, de la tradición, que se ha entronizado en el interior del sujeto y desde allí manipula las palabras de la represión y comanda el deber ser del hombre como ideal del yo, promesa de una gratificación futura, plena y ultraterrenal. Censura que se entiende como identificación con el otro como censor y como uno de los límites de lo que es, en el discurso, articulable.

Así es: la represión no tiene otro soporte que el discurso y por eso es que hay "malas palabras", palabras prohibidas, transgresoras y es por eso también que la transgresión está comprometida con el goce, es destrucción de un ordenamiento anterior, impugnación de la ley, parricidio, en una palabra, *poiesis, poesía*. Es subversión de la ley tal como se expresa en las reglas del buen decir, la articulación significativa, la gramática, la sintaxis. Por donde se comprueba que todo buen poeta es maldito, no tanto porque se lo maldiga, cosa que no deja de suceder, sino que se lo maldice debido a que es mal decidor, saboteador de los modos estructurados del decir, evocador de un goce maldecido, siempre en entredicho.

El decir. El hombre, creado por el significante, mejor dicho, por la significancia según se verá en el apartado siguiente, siendo esa significancia el juego del significante en la creación del sentido, habla, arma un discurso. Obedece sin saberlo, como lo demuestra la gramática generativa chomskyana a ciertas normas que no son, según allí se dice, inconscientes; son preconscientes desde el momento en que pueden ser hechas conscientes sin levantar ninguna represión por el sujeto de la metalengua. Éste es el punto preciso en que se ponen en contacto la reflexión psicoanalítica y la reflexión lingüística. La experiencia psicoanalítica transcurre íntegramente, y ésta es la última vez que en este trabajo se le formula, en el medio de la palabra. En el medio en un triple sentido, polisémicamente. En el medio, como quien dice "medio ambiente", rodeada por la palabra, sumergida en ella, incapacitada para estar en otro lugar que no sea en el medio de la palabra. En el medio también porque está ubicada entre la palabra constituyente del ser (*parlêtre*) y la palabra constituida y eslabonada por el sujeto en su hablar; entre un significante y otro, recordando que el significante es lo que representa el sujeto para otro significante. Y en el medio, finalmente, porque no tiene otro medio que el de la palabra para la realización de su acción; el instrumento, único al alcance del analista, es la pa-

labra. Por lo que bien le conviene conocer su estructura. Y saber cómo es que la palabra hace, no para encontrar ni para reflejar un sentido, sino para crearlo por medio de su encadenamiento, ya que no hay el sentido fuera de la cadena discursiva.

IV. SIGNIFICACIÓN Y SIGNIFICANCIA

Así se llega a un punto fundamental de la reflexión lacaniana; nada menos que la impugnación de la noción, central en lingüística, de significación.

El trayecto puede hoy detectarse en la sucesión de los escritos y los seminarios de Lacan. Tomó éste como punto de partida al diálogo *De magistro* de San Agustín,³¹ de donde extrajo la noción de que ninguna significación se basta así misma sino que necesariamente refiere a otra significación. De tal modo que nada significa nada en relación directa o inmediata con una cosa o con un gesto. Sólo hay significación en el orden del lenguaje y, más concretamente, de la lengua como sistema de las diferencias entre los signos y como sistema de la clasificación de esas diferencias.

Si la significación remite siempre a otra significación y si tal significación sólo puede establecerse en la cadena significante, resulta claro que el signo saussureano, enclaustrado cimiento de la lingüística, está irremisiblemente mal construido. Porque el significado no corresponde puntualmente al significante y quedan ambos englobados por un óvalo y separados por una barra que las flechitas de los costados muestran como franqueándose sin inconvenientes de arriba para abajo y de abajo para arriba, sino que la significación debe buscarse en alguna clase de unidad superior al signo lingüístico, en la frase, en la locución, en el discurso.³²

A su vez, la frase va modificando la significación de lo dicho o escrito a medida que se agrega cada elemento, de modo tal que la significación depende del momento o del punto en que se produzca la escansión, la interrupción del encadenamiento. Esto quiere decir

³¹ Jacques Lacan (1954): *Le Séminaire. Livre I*, París, Seuil, 1975, p. 271.

³² Octave Mannoni (1969): *La otra escena - Claves de lo imaginario*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973. El capítulo "La elipse y la barra" (p. 28) desarrolla esta temática de modo impecable y a él debe referirse el lector ansioso de mayores precisiones.

que la asimetría del signo saussureano es un hecho que se demuestra en el hablar y que todo el peso de la significación recae sobre la vertiente del significante y la sucesión de los significantes, mientras que el significado va fluctuando bajo el peso de la cadena significante. De modo que es el punto en que se interrumpe la frase el que confiere retroactivamente (*nachträglich*) su valor a cada uno de los elementos significantes que en ella entraron y que quedan así resignificados.

La estructura de la frase se hace así asimilable a la del cuento según la propuesta de Poe. Todas las palabras incluidas son una preparación para un sentido definitivo y muchas veces sorprendente que estará dado por la última. Lacan llama a esto el punto de cazarzo (*capiton*), punto de anudamiento que impide el deslizamiento de la costura en la técnica de los colchoneros.³³ Punto que se encargará él de aclarar que es mítico, ideal, pues supondría un acabamiento de la locución no abierto a la polisemia, por una parte y, por la otra, un acabamiento irreversible, siendo que siempre será posible incorporar un elemento más a la frase, con lo que habrá cambiado la significación de todos los términos que entraron en su constitución.

Podrá decirse: hasta que la muerte sobrevenga, cuando ya no sea posible agregar nada, cuando se cierre el ciclo de las resignificaciones y la experiencia y la historia queden selladas finadas. Es así como la muerte llega a ser el Gran Capiton de la vida. La palabra ahora es de Pier Paolo Pasolini.³⁴ "La muerte es absolutamente necesaria porque, mientras vivimos, carecemos del sentido. Los sistemas de lenguaje de nuestras vidas (con los cuales nos expresamos y a los cuales atribuimos la máxima importancia) son intraducibles: representan un caos de posibilidades, una búsqueda de soluciones y de significado sin una cadena (coherente) de re-soluciones. La muerte opera un súbito montaje de nuestras vidas: esto es, selecciona los momentos más auténticamente significativos (ya no modificables por otros momentos que pudieran estarles en contradicción o serles incoherentes) y los coloca en un orden cronológico que transforma a nuestro presente —infinito, incierto, inestable, certero y, por eso,

³³ Jacques Lacan (1956): Seminario *Les psychoses* (inédito). Puede confrontarse también "L'instance de la lettre" (1957), en *Écrits* (1966), p. 503 [*Escritos I*, p. 188].

³⁴ Pier Paolo Pasolini: *Empirismo eretico*, Roma, Garzanti, 1972, p. 244.

lingüísticamente indescriptible— en un pasado que es claro, estable y, por lo tanto, lingüísticamente realizable. . . Sólo a través de la muerte pueden nuestras vidas servirnos para expresarnos a nosotros mismos." Esta totalización de un sentido permitiría explicar la importancia que tradicionalmente se ha concedido a los testamentos (*last will*) y a las últimas palabras de los grandes hombres. La muerte, última palabra, organiza y motoriza el deseo y la historia.

Se ha impugnado así el carácter unificado del signo saussureano donde significante y significado pesarían por igual en la determinación de la significación y se ha demostrado la imposibilidad de pensar al significado en sí mismo, sin remitirlo al ordenamiento significante del cual este significado sería el efecto. El orden significante demuestra así operar en un *topos* exterior al sujeto hablante, produciendo, d: por sí, de manera autónoma, las significaciones. Es la cadena la que, a través de su fraccionamiento, de sus combinaciones, de las sustituciones metafóricas, engendra el significado. Esta primacía del significante es un concepto que resulta tanto de la reflexión sobre la lingüística como de la práctica psicoanalítica: "Sólo el psicoanálisis está capacitado para imponer al pensamiento esta primacía demostrando que el significante puede prescindir de toda cogitación, aunque fuese de las menos reflexivas, para ejercer reagrupamientos no dudosos en las significaciones que avasallan al sujeto, más aún, para manifestarse en él por esa intrusión enajenante de la que la noción de *síntoma* en análisis toma un sentido emergente: el sentido del significante que connota la relación del sujeto con el significante".³⁵

Dicho de otra manera, no hay correspondencia entre las dos faces del signo pues el significado se escurre bajo la serie de los significantes y la significación depende de la escansión, de la puntuación (en el sentido de colocación de un punto) que puede tener lugar en cualquier parte de la frase o, aún, en el corte de una palabra: "Me viene sin armadura" que puede entenderse también como: "Me viene sin (el) arma dura"; de modo que los espaciamientos y los cortes engendran un "efecto de sentido" en el momento en que vuelven sobre los eslabones anteriores y resignifican el discurso. Y "estos efectos se ejercen del texto al sentido, lejos de imponer su sentido al texto".³⁶

³⁵ Jacques Lacan: "Situation de la psychanalyse en 1956", en *Écrits* (1966), p. 467 [*Escritos II*, p. 190].

³⁶ *Ibid.*, p. 468, [p. 191].

Esta heteronomía y esta exterioridad de lo simbólico, esta cons-
tante permutación y desconstrucción constructiva de la cadena sig-
nificante, esta producción de efectos de la palabra más allá de todo
querer decir, es el concepto mismo del inconsciente. "Esta mate-
rialización intransitiva, diremos nosotros, del significante al signifi-
cado, es lo que se llama el inconsciente, que no es anclaje, sino de-
pósito, aluvión del lenguaje".³⁷

Sería erróneo pensar que Lacan es en esto un innovador. No es el
fabricante del cuchillo. Es su afilador. Desde la carta 52 a *Fliess* y
desde *La interpretación de los sueños*, el inconsciente, objeto teóri-
co producido por Freud para dar cuenta de la experiencia psicoana-
lítica, está constituido por distintos modos, extraordinariamente
móviles de encadenamiento significante: son los procesos prima-
rios. Y sería vano buscar allí, en el aparato psíquico, los significa-
dos. Éstos sólo pueden existir como resultantes de la variable es-
tructuración del significante. Por eso es que el trabajo analítico es
trabajo sobre el significante y no sobre las significaciones, mientras
que lo que caracteriza a la pedagogía y a las psicoterapias es la ela-
boración acerca del sentido convencional de la experiencia subjetiva.

Los encuentros evocadores del goce, lo que en el hombre es go-
zante, se halla en esta dimensión del significante en movimiento. Es
bajo la forma de significante que tiene lugar esta carrera imposible
tras el objeto perdido de la completud originaria, de ese momento
mítico en que nada se deseaba porque nada faltaba. Es el signifi-
cante y no alguna clase de cosquilleo lo que hace del cuerpo un
cuerpo gozante. Porque nada del orden natural consagra a los obje-
tos del mundo real a ser fuentes de placer sino es por el camino de
su relación, en tanto significantes, con los significantes del deseo.
Muy rápido uno cae en cuenta de que los caminos de Swann y de
Guermantes no están hechos de adoquines sino de aromas, de sabo-
res de magdalena, de rastros dejados en la imaginación del joven
Marcel por las huyentes miradas de muchachas en flor. Piénsese en
el valor de la B de Balbec, Bergotte, Berma, Brabante y en todo lo
que pueden encarnar de destino los nombres de personas, lugares y
cosas en la determinación de la vida y de la realidad subjetiva indepen-
dientemente de las cualidades físicas y efectos convencionales que
pueden provocar pero generando, eso sí, y por su cualidad de signifi-
cantes en relación con el deseo, estados de satisfacción o decepción.

³⁷ Jacques Lacan (1970): *Psicoanálisis. Radiofonía y televisión*, Barce-
lona, Anagrama, 1977, p. 32.

Pues la muchachita enamorada puede muy bien decir:

*Deny thy father and refuse thy name;
Or, if thou wilt not, be but sworn my love,
And I'll no longer be a Capulet. . .
Tis but thy name that is my enemy;
Thou art thyself, though not a Montague.
What's Montague? It is nor hand, nor foot,
Nor arm, nor face, nor any other part
Belonging to a man. O, be some other name!
What's in a name? That which we call a rose
By any other name would smell as sweet;
So Romeo would, were he not Romeo call'd
Retain that dear perfection which he owes
Without that title. Romeo, doff thy name;
And for thy name, which is no part of thee,
Take all myself.*

Y puede el irreflexivo chiquillo contestarle:

*I take thee at thy word:
Call me but love, and I'll be new baptized;
Henceforth I never will be Romeo.*

Son las efusiones del amor. No tardarán ambos en caer bajo el
peso de la montaña del nombre que pretenden negar. Pues es así co-
mo el amor es ciego. Porque supone que la mirada entrega la esen-
cia de la cosa, la rosa, la moza. El bueno de Edipo sólo alcanza a
ver cuando se arranca los ojos.

Es por este entrecruzamiento de nombres e imágenes, con
primacía del significante, como se establecen las equivalencias y las
situaciones simbólicas, creándose para cada quien las redes de
representaciones que conocemos con los nombres de sistemas pre-
consciente e inconsciente.

Para dar cuenta de tales equivalencias y diferencias, de lo que ri-
ge el juego de estos sistemas de oposiciones significantes, acuñó
Freud el concepto de libido,³⁸ ancla del goce del significante en el

³⁸ Cf. Sigmund Freud (1917): "Sobre las trasposiciones de la pulsión, en
particular del erotismo anal", en *Obras completas*, Buenos Aires,
Amorrortu, 1979, t. XVI, p. 113.

cuerpo, del significante corporeizado. No se trata del cuerpo biológico, ese que interesa a histólogos y anatomistas, sino del cuerpo cultivado por la palabra, del cuerpo como soporte de la unidad imaginaria del yo, del cuerpo que, sin preocuparse por las raíces nerviosas y sus territorios, se paraliza o entra en erección en las histéricas, del cuerpo que encarna un objeto amoroso para Narciso, ese gran ingenuo que no sabe que encontrará la imagen de sí tan nívida y amable en un brillo de mirada ajena como en todos los estanques de la tierra. Con efectos no menos trágicos, pero, eso sí, más divertidos.

Se trata del cuerpo de la sexualidad en sentido psicoanalítico, so- metida a los destinos de la sublimación, la represión y la perversión y sus mezclas que deslindan el campo del amor. El deseo es en este campo deseo de ser causa del deseo del Otro, y termina encontrándose fatalmente con la imposibilidad del Otro para abrir el sendero del goce: "El significante es la causa del goce. . . [y a la vez] el sig- nificante es lo que pone en alto al goce."³⁹ Porque el hombre y la mujer se relacionan uno con el otro no por lo que el otro tiene sino por lo que a ellos les falta, la madre al hombre, el pene-ño a la mu- jer. Es que la relación sexual, la relación de los dos sexos, no existe.⁴⁰

Y eso es la pulsión: Trieb, drive, dérive, deriva: empuje que con- duce al sujeto de objeto en objeto tras el significante de algo que ineluctablemente le falta y demanda que el Otro le dé. "—Y dicen que usted lo tiene. —¿Yo señor? No, señor. —Y entonces, ¿quién lo podrá tener? —El gran Bonete." El objeto de la pulsión no puede ser encontrado porque encontrarlo sería reencontrarlo, deshacer el tiempo; el reencuentro sólo podría tener lugar bajo el signo de una diferencia.

El sujeto corre tras la Cosa, pero como la Cosa no hay, de ella quedó separado para constituirse como sujeto, §, encuentra las múltiples cosas de este mundo. Con las que debe, a regañadientes y nunca del todo, conformarse. Es esta búsqueda del objeto regulada por el principio del placer la que comanda la actividad del pensa- miento. Todo pensamiento, enseñaba Freud, comienza por ser in- consciente y tiende a producir una identidad con el objeto del de- seo. Como la alucinación conduce a una *impasse*, el aparato psíquico se ve forzado a renunciar al principio del placer y a repre-

³⁹ Jacques Lacan (1972-73): *Le Séminaire. Livre XX. Encore*, París, Seuil, 1975, p. 27.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 35.

sentarse la realidad aunque sea desagradable. Esto determina una transformación de la realidad para que en ella se produzca, ahora como percepción, el reencuentro con el objeto, objeto que siempre estará marcado por una diferencia con el original.⁴¹ Es así como tanto pensar como hablar —no hay básicamente diferencia entre las dos operaciones, a menos que aceptemos la paradoja de consi- derar al pensamiento como un subconjunto del habla, contra- riamente a toda evidencia y a toda la tradición concienialista— son intentos de: elaborar una pérdida, reparaciones, intentos de res- titución en la red del significante agujereada por la ausencia del ob- jeto y remendada por medio de la metáfora y de la metonimia, del encañamiento significativo que es obra del inconsciente, Gran Re- tórico, discurso del Otro.

Se ve en el ejemplo del nieto de Freud con su emblemático carre- te que se va, ooo, y que vuelve, a, ejemplo que ilustra el momento de la inclusión del sujeto en la lengua mal llamada nacional o natu- ral y mejor llamada materna, cuando el sujeto se apropia de los sig- nificantes a través de los cuales podrá él significarse. Juega enton- ces con los fonemas para elaborar la separación de la madre y queda separado del saber de que es él el jugado por las leyes del sig- nificante que irremisiblemente lo condenan a la separación de la madre. La palabra es la consolación ofrecida a su desamparo en medio de un estado de derelicción que es efecto del lenguaje. Y queda pinzado entre un significante y otro, S1 y S2, para siempre sujeto tachado, §. Este punto será trabajado con mayor detalle en el punto v: "Hacia una teoría del sujeto hablante."

Al retomar el tema de la significación y con lo que se lleva trabaja- do acerca del mismo en psicoanálisis, resulta evidente que el con- cepto mismo de significación, para el punto de vista que adopta el psicoanalista en materia de lenguaje, resulta insuficiente y hasta su- perfluo. El psicoanálisis no autoriza ninguna semiología o semio- grafía. Cuando pretendió acercarse a ella, con la especulación freudojungiana sobre el simbolismo, tropezó con tan grandes in- convenientes que debió dar marcha atrás antes de disolver la nove- dad de su descubrimiento y volver a las claves universales de los sueños, tema predilecto de una cierta literatura ocultista. El intento

⁴¹ Cf. Moustapha Safouan: *Le structuralisme en psychanalyse*, París, Seuil, 1968 [*El estructuralismo en psicoanálisis*, Buenos Aires, Losada, 1975] y *L'échec du principe du plaisir*, París, Seuil, 1979.

de abrochar un significativo y un significado, de constituir una significación en el inconsciente, resultó fallido: fue el máximo intento de Freud por asimilar las tesis de su discípulo disidente, C.G. Jung. El principal hito conmemorativo de ese acercamiento queda ubicada en la décima de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*.

Lo que se ha venido planteando acerca del carácter absoluto de la primacía del significativo en la producción del significado, conduce a Lacan a postular un concepto alternativo, el de *significancia*. Se subraya con él el carácter activo de la función que ejerce el significativo en su encadenamiento y se marca la pasividad que indica el vocablo mismo de "significado".

El pensamiento ingenuo progresa sin dificultades; ya se sabe. Primero están la realidad y las cosas, luego viene el hombre que piensa esa realidad y luego, finalmente, la palabra que está hecha para transmitir el pensamiento que a su vez está determinado por el mundo real. Este esquema ingenuo ha recibido muchas críticas a lo largo de la historia de la filosofía y ya los presocráticos habían cuestionado el privilegio acordado a la *physis*, al orden de la Naturaleza, oponiéndole el *logos* o mundo del lenguaje. Una suerte de contranatura. En síntesis, la cultura. La obra lacaniana no es una reflexión más agregada a esta antigua oposición. Es la aplicación a la misma de los resultados de la indagación freudiana. Desde este punto de partida es que puede establecerse que "lo que la interpretación psicoanalítica hace casi evidente es que la relación de lo real con lo pensado no es la del significado con el significativo, y la primacía que lo real tiene sobre lo pensado se invierte del significativo al significado. Lo que delimita lo que pasa en verdad en el lenguaje, donde los efectos de significado son creados por las permutaciones del significativo".⁴²

Esto es, en el orden ontológico, primacía de lo real sobre lo pensado. En el orden gnoseológico y en la experiencia del hombre como se revela en el psicoanálisis, primacía de la palabra sobre las significaciones que son constituidas por esa palabra. Nótese bien: no del significativo que, en sí, no significa nada, sino de sus permutaciones, de su ordenamiento sucesivo, es decir, del discurso. Éste es el concepto mismo de la significancia que se contraponen a la significación.

El hueso de la cuestión es que para el hombre no hay realidad que sea pre- o extra-discursiva. Pues es a través de la palabra, del

42 Jacques Lacan: "A la mémoire d'Ernest Jones: Sur sa théorie du symbolisme", en *Écrits*, cit., p. 705 [*Escritos II*, cit., p. 315].

discurso, que el hombre se hace sujeto y se hace niño u hombre o mu-
jer. Para él: "Nada es sino en la medida en que se dice que es."⁴³

Tiene un cuerpo la idea. Es la palabra que la representa. La palabra tiene una propiedad muy curiosa —es que ella hace la cosa.⁴⁴

Porque c'èspués de haber establecido la primacía del significativo hay que romper con la idea del signo como unidad bifaz de un significativo y un significado y estipular con todo rigor que el significativo tiene relación con sus efectos de significado. Parece contradictorio pero no lo es. Por una parte el significativo es eso que tiene efectos de significado. Por otra parte, ese significativo no tiene relación con sus efectos de significado pues esos efectos de significado son consituídos en un discurso, es decir en el seno de un vínculo social que liga a los que hablan. El que habla enhebra los sonidos y siempre dice más y dice otra cosa que lo que pretende. El que escucha, por su parte, liga esos sonidos con sus particulares redes de relaciones significantes, algo que necesariamente escapa al que habla. Es así como el vínculo social aparece consagrado al equívoco y no, como pretende el discurso académico vigente, a la comunicación. El discurso al diccionario como instrumento que permitiría disolver el equívoco de la discusión es irrisorio e infantil. Es el intento de imponer una significación oficial, un "buen" sentido a la palabra. Algo que siempre será recusado por el deseo.

Además, como ya se dijo, el significativo no significa absolutamente nada. O, mejor dicho, puede llegar a significar cualquier cosa si la frase en la que está incluido es lo suficientemente larga. El significativo no puede alcanzar una definición autónoma porque siempre aparece relacionado con otro significativo que, volviendo sobre él, lo resignifica. Es uno de los sentidos de la consabida definición: el significativo es lo que representa el sujeto para otro significativo.⁴⁵

43 Jacques Lacan (1972-73): *Le Séminaire: Livre XX. Encore*, cit., p. 126.

44 Jacques Lacan (1977): "Une pratique de bavardage", cit., p. 6.

45 Esta fórmula aparece bajo la pluma de Lacan en incontables oportunidades y también en este mismo trabajo se volverá a lidiar con ella. Cabe formular algunas aclaraciones sobre su texto. Puede aparecer diciendo "representa un sujeto" o "representa el sujeto" (*un sujet* o *le sujet*) pero jamás se verá a Lacan escribir "representa a un sujeto" o "al sujeto", que en francés sería *à un* o *au sujet*. Es corriente que las traducciones o las repeticiones apresuradas inviertan el sentido de la fórmula. En *Radiophonie* (*Scilicet*, núm. 2-3, 1970, p. 65), formula las siguientes precisiones: "Si el significativo representa un sujeto (*no un significado*) y para otro significativo

La significación es un epifenómeno, casi un accidente, del significante. No se trata de asignar una significación al significante sino de afirmar que, en la locución, según el momento en que se produce la puntuación, el significante puede engendrar distintos significados. Y éstos, a su vez, serán provisionales pues habrán de ser reconsiderados a partir de los significantes que luego se agreguen. Así, el significado es contingente y provisional.

La significación se encuentra en los diccionarios. La significancia, en la relación del significante con el cuerpo, esto es, con el deseo. Es la forma en que la palabra alcanza al ser humano en su carne y evoca en él el goce. Escapa a toda sistematización, ordenamiento y clasificación como la que propone el diccionario. Sitúa el intercambio de la palabra más allá de los códigos y de los cálculos. No remite a la pureza de los gramáticos y censores sino a la infinita capacidad creativa y gozante de eso que Freud y Lacan llaman el inconsciente. El ser del sujeto es un efecto de esta significancia que se despliega en el decir en tanto ese decir está habitado por el deseo.

El significante no es, en esta concepción, una cosa sino un movimiento, una operación del lenguaje, algo que se define como una función activa de creación y promoción de los significados. O sea que los significados no están en lo dicho, *existen* a lo dicho. Pero, si se quiere, están en la dicha. Pues la significancia es eso, el juego (tanto en el sentido de movimiento como de actividad lúdica) del significante.

Y es ese significante "que no significa absolutamente nada"⁴⁶ el que, en su recorrido y en sus avatares determina al sujeto, sujeto escindido por el lenguaje, según lo demuestra, al modo de una parábola, la lectura lacaniana de "La carta robada", el cuento de Poe.⁴⁷

Es la composición significante la que hace a los sujetos. Los hace (lo que quiere decir: *no para otro sujeto*. . .). "El traductor de la edición española traduce: "a un sujeto". Debe quedar claro, porque el error es garrafal; es una verdadera inversión del sentido. Es el sujeto el que representa a un sujeto y no el significante el que representa a un sujeto. La introducción irreflexiva de un *petit a* en la lectura española de Lacan es la derogación de uno de los puntales de su obra: la primacía del significante.

⁴⁶ Jacques Lacan (1977): "Ouverture de la section clinique", en *Orni-car?*, núm. 9, 1977, p. 9.

⁴⁷ Jacques Lacan (1955): *Le Séminaire, Livre II. Le moi*. . ., Paris, Seuil, 1978, pp. 225-240. Retomado y reescrito para *Écrits*, cit., pp. 11-61 [Ecritos II, cit., pp. 11-62].

suyos. En un momento que, lógicamente, es posterior, son ellos los que enhebran los significantes. No de un modo caprichoso, por supuesto. El habla de un sujeto es intencional, pretende transmitir un mensaje. Se dirige a un sujeto en el que supone la misma imagen que la que tiene de sí y de su capacidad para recibir el mensaje. Procura con su hablar un cierto efecto que habrá de ser la sanción de su éxito en el decir. En el discurso enunciado pueden seguirse las leyes que Freud llama de los procesos secundarios: organización lógica y sintáctica de un cierto material fonético cargado de significación. El análisis de los enunciados producidos en este plano es el que compete a la lingüística.

La escucha psicoanalítica se orienta a la captación de la emergencia de los procesos primarios en el seno de ese discurso. No sólo en los ejemplos privilegiados del lapsus y del sueño sino también en los insólitos efectos de sentido producidos por las faltas gramaticales, por las asociaciones ilógicas y por los cortes introducidos en la cadena de enunciados. Se trata de la dislocación del mensaje intencional del querer decir convencional con aparición y subrayado del equívoco.

En esos momentos se ve que no es el Yo el que habla. Es el significante. *Ça parle*. Ello, el ambiguo Ello de Groddeck-Freud, habla y trasmite una verdad que es la de un saber del que no se quiere nada saber. "Lo propio del campo psicoanalítico es suponer en efecto que el discurso del sujeto se desarrolla normalmente —esto es de Freud— en el orden del error, del desconocimiento, incluso de la denegación —esto no es del todo la mentira, está entre el error y la mentira". Hasta que en ese discurso "que se desarrolla en el registro del error sucede algo por donde la verdad hace irrupción. . . La verdad atrapa al error por el cuello en la equivocación".⁴⁸ Y ese momento del desdoblamiento imposible es función del significante, es significancia. La aparición del equívoco subraya la verdad y califica como psicoanalista al que está preparado para escucharla. La formulación lacaniana de la significancia ha provocado ciertas dudas en el plano de la coherencia. Los únicos contradictores a los que Lacan reconoce el mérito de haberlo leído y entendido, Lacoue-Labarthe y Nancy, dicen: "Habrá pues que conjuntar —lo que ciertamente no carece de dificultades— estas dos tesis: la significancia franquea la barra (que escinde al significante y al significa-

⁴⁸ Jacques Lacan (1954): *Le Séminaire. Livre I*, Paris, Seuil, 1975, pp. 291-292.

do), y: la significancia solamente se desliza a lo largo de la barra".⁴⁹

Franquea la barra, esto es, hace a la significación posible y la constituye. Y, a la vez, se desliza a lo largo de ella, prosigue un movimiento interminable que hace mítico al punto de cadarzo (*capiton*) con su injustificada pretensión de abrochar de modo definitivo una significación.

La significancia es este juego del significante que produce la verdad. La produce en el decir; no la refleja o la reproduce o la traduce desde algún otro sitio donde la verdad estuviese antes ya allí, escondida y a la espera de ser capturada. Es la operación del significante que, como en "La carta robada", ha estructurado al sujeto, la que se manifiesta en la intervención interpretativa del psicoanálisis. No se trata de revelar sino de que el decir encuentre su sentido en el decir mismo. Deshacer por medio de la palabra lo que la palabra ha configurado, actuando en los puntos en que el ser desfallece. De modo que surge una palabra nueva, no una revelación de un velado anterior, una invención que bien podría calificarse de *poética* en sentido estricto. Se constituye así, retroactivamente, el inconsciente.

El concepto de significancia implica la conexión ineludible y de mutua determinación que existe entre los significantes y afecta al punto de partida que necesariamente debió adoptar la lingüística contemporánea, el principio de la arbitrariedad del signo.

Para Ferdinand de Saussure la unidad lingüística es el signo, unión de un concepto y de una imagen acústica, significado y significante. El primero de los caracteres que atribuye al signo es el de ser *arbitrario*. Para él, y es el ejemplo que se tomará en esta exposición, "sirven de prueba las diferencias entre las lenguas y la existencia misma de lenguas diferentes: el significado 'buey' tiene por significante *bwéi* a un lado de la frontera franco-española y *böf* (*boeuf*) al otro, y al otro lado de la frontera francogermana es *oks* (*Ochs*)."⁵⁰ Y agrega: "El principio de lo arbitrario del signo no está contradicho por nadie".⁵⁰

Esta posición tética de algo en apariencia tan evidente fue criticada por uno de los más fecundos de sus sucesores, Émile Benveniste, quien sostuvo que: "Entre el significante y el significado el nexo

⁴⁹ Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy: *Le titre de la lettre* (*Une lecture de Lacan*), París, Galilée, 1973, p. 65.

⁵⁰ Ferdinand de Saussure (1916): *Curso de lingüística general*, Buenos Aires, Losada, 1945, p. 130.

no es arbitrario; al contrario, es *necesario*. El concepto ('significado') '*boeuf*' es por fuerza idéntico en mi conciencia al conjunto fónico ('significante') *böf*. ¿Cómo iba a ser de otra manera? Los dos juntos han sido impresos en mi espíritu; juntos se evocan en toda circunstancia. Hay entre ellos simbiosis tan estrecha que el concepto *boeuf* es como el alma de la imagen acústica *böf*. El espíritu no contiene formas vacías, conceptos innominados. . . . Decidir que el signo lingüístico es arbitrario porque el mismo animal se llama *boeuf* en un país, *Ochs* en otras partes, equivale a decir que la no-ción de duelo es arbitraria por tener como símbolo el negro en Europa, el blanco en China. Arbitraria, sí, pero sólo bajo la mirada imposible de Sirio o para quien se limite a verificar desde fuera el vínculo establecido entre una realidad objetiva y un comportamiento humano y se condene así a no ver en él más que contingencia".⁵¹

Así, llega Benveniste a la conclusión lingüísticamente impecable de que la relación entre el significante y el significado es *necesaria*, que la imagen y el concepto se implican recíprocamente. Y que es la cosa misma, la realidad, algo que no es ni una ni otro, el *referente* del signo, ese cuadrupedo que es evocado por el signo con su carácter bifaz, lo que sostiene una relación que es arbitraria con ese signo.

Como señala con toda pertinencia Milner,⁵² la crítica de Benveniste a de Saussure, absolutamente justa desde un punto de vista lingüístico, pone de manifiesto un presupuesto esencial para la constitución de la lingüística como ciencia: el del dualismo. Desde esta perspectiva dualista, existen dos órdenes de realidades que corren paralelamente. De un lado la lengua como colección de signos, del otro las cosas que son designadas, "no pudiendo nada del primero actuar como causa sobre el segundo ni viceversa. De donde se deduce que entre el signo y la cosa significada, la relación es de simple encuentro. . . ."⁵³

Pero, al mismo tiempo, es la propia lingüística, más aún, el propio Benveniste el que, con el resto de su obra, se encarga de mostrar que tal dualismo, si bien puede fundar la autonomía del discurso lingüístico, es insostenible. Milner, en el

⁵¹ Émile Benveniste: "Nature du signe linguistique", en *Problèmes de linguistique générale*, París, Gallimard, 1966, pp. 49-55 [*Problemas de lingüística general I*, México, Siglo XXI, pp. 49-55].

⁵² Jean-Claude Milner: "Réflexions sur l'arbitraire du signe", en *Ornicar?*, núm. 5, 1975-76, p. 73.

⁵³ Jean-Claude Milner: *L'amour de la langue*, París, Seuil, 1978, p. 58 [*El amor por la lengua*, México, Nueva Imagen, 1981].

artículo de 1975-76, se encarga de resumir las pruebas. Por una parte, la palabra designa a la cosa pero a la vez se designa a sí misma como cosa. "Buey es un cuadrúpedo" es tan válida frase como: "Buey tiene cuatro letras". Por otra parte, el lenguaje es inconcebible sin la presencia de marcas de la enunciación y de la subjetividad que subtiende todo discurso. En ese sentido, las palabras hacen a las personas de la interlocución. "Yo", "tú", "él", son cosas hechas en el diálogo. Sólo es "yo" quien dice "yo". En otras ocasiones, en el uso de los performativos, las acciones son realizadas por la palabra: "prometo", "juro", etc., que no son cosas fuera del lenguaje. Más allá, los delocutivos, donde la referencia es hecha a acciones que tienen lugar únicamente en el campo del lenguaje: "agradecer", "echar pestes", etc. En todos estos casos "es el signo el que es causa del ser significado".³⁴

Es decir, y éste es el punto de encuentro con la reflexión lacaniana, que el hablar es constituyente de objetos del mundo, más aún, que el hablar engendra la realidad como una realidad discursiva. Si digo "buey" estoy hablando de lo que yo entiendo por "buey" en una relación dialéctica con el otro que habrá de significar mi discurso: "el emisor recibe del receptor su propio mensaje de manera invertida". El sentido no está dado en el diccionario de la lengua sino en el encadenamiento significativo. Por ejemplo, "buey" connota en Argentina de manera metafórica a la persona laboriosa, en México al cornudo y estúpido. Imagínese ahora lo que puede pasar en el diálogo entre un argentino y un mexicano que comparten la ilusión de hablar una misma lengua, el español, y qué pasa cuando cada uno de los dos pasa por las dos situaciones de ser emisor y receptor. El hablar está ahí claramente marcado por el equívoco. Cada uno cree que sabe lo que dice pero no sabe cómo su discurso habrá de ser entendido por el otro. El diálogo mexicano-argentino es ilustrativo de todo diálogo entre dos personas que creen hablar la misma lengua, ignorantes de que su mensaje se realiza en el Otro.

Es decir que en el discurso los significantes no se relacionan unívocamente entre sí obedeciendo simplemente a regulaciones sintácticas sino en función de ciertos efectos de sentido que se producen por la misma combinación y que van más allá de las intenciones del emisor y del receptor que son, ellos, efectos del intercambio. En este punto, la experiencia freudiana y la reflexión lacaniana re-

34 *Ibid.*, p. 79.

uentran lo más antiguo del pensamiento sobre el lenguaje, nada menos que a Platón, al *Cratilo*, con sus propuestas de etimologías fantásticas y absurdas para todo sano juicio filológico que tienden a demostrar la inexistencia de un dualismo entre las palabras y las cosas.

El paciente: relata un sueño donde aparece el diablo. El analista le insta a asociar. "—¿Diablo? —dice él—; diablo es esto: Usted me dice Di y yo Hablo". El efecto de sorpresa en el analista y la risa en el paciente vienen a consagrar el efecto de sentido producido por el juego del significante. Es la aparición luminosa de la significancia a la que apuntan esas "relaciones diagramáticas" de las que habla Todorov, esas etimologías irracionales del *Cratilo*, esos giros desperados del sentido que se producen en cada sesión de análisis, esa impugnación solapada que amenaza constantemente al más solemne y ceremonioso de los discursos. El profesor de filosofía trepa la tarima y comienza a perorar sobre la cosa y el ser y la nada. Ejemplifica su discurso con el primer objeto que se ofrece a su percepción: la mesa. La mesa por aquí y la mesa por allá. Entonces el estudiante chusco puede desbaratar su discurso con sólo preguntar: "—¿Lame ésa?". La risa del auditorio y el colérico desconcierto del interferido sancionarán este encuentro de la palabra con el goce en la creación significativa. ¿Y cuántos son los que saben lo que el humano quiere decir? ¡Blancanieves tenía siete!

El pensamiento lingüístico ha establecido que la significación de cada término es variable y que depende de la suma de los usos de ese término. Cosa poco fácil de resolver porque los usos son infinitos, su dispersión es inabarcable y depende de la situación de enunciación y del lugar ocupado por el significante en la cadena. Se dice entonces que la significación depende del contexto lingüístico, de los enlaces en el eje sintagmático y del contexto de la enunciación tal como el mismo es representado por determinados *shifres* en el enunciado. El ideal de la lingüística es formalizar el campo de los enunciados con vistas a la reducción de la ambigüedad semántica, con vistas al discurso unívoco e inequívoco.

Para el psicoanálisis, por el contrario, se trata de hacer aflorar las irregularidades y las ambigüedades que, lejos de ser el accidente, son la ley del discurso. Es por eso que Lacan califica al significante, no de arbitrario como Saussure, sino de *contingente*.³⁵

Did you say pig or fig? ejemplifica algo más que una oposición

35 Jacques Lacan, *Le Séminaire. Livre XX; Encore*, cit., p. 41.

fonemática entre una oclusiva y una fricativa, conclusión trivial que pone de manifiesto en un lenguaje complicado algo que todos saben o pueden llegar a saber con poco esfuerzo si fijan su atención en la frase. La pregunta evidencia la posibilidad constante de que el otro, al escuchar al locutor y como consecuencia de la materialidad fónica del significante, entienda otra cosa en lo dicho. ¿Y qué fue lo que verdaderamente se dijo, *pig* o *fig*, lo que se pronunció o lo que se escuchó, lo que se quiso decir o lo que se entendió? Pues se considera que el mensaje se realiza en el otro y de allí viene resignificado para el que habla. El éxito del chiste, su carácter de chiste, no existe fuera de la risa del que lo escucha. La segunda fórmula de Lacan, que complementa a la que liga emisor y receptor en forma especular, es: "Que uno diga queda olvidado detrás de lo que se dice en lo que se oye".⁵⁶ En ese proceso se constituyen los hablantes como efectos de su decir en lo que de ellos se oye.

'*Mine is a long tail and a sad tale*', dijo el Ratón, suspirando.
'*It is a long tail, certainly*', respondió Alicia, mirando maravilla-

da la cola del Ratón; 'but why do you call it sad?'
¿Es esto ejemplo de un accidente de la comunicación conocido como homofonía? ¿Cómo podía Alicia decidirse para saber si debía atender al tono quejumbroso y al suspiro que acompañaba a la lamentación del Ratón por su *tail* o si debía atender a la larga y maravillosa *tail* que se extendía ante su vista? Podría argüirse que la duda se resuelve por el contexto de la frase, que las historias y las colas pueden ser largas pero que sólo las historias pueden ser tristes mientras que sólo las colas pueden ser, por ejemplo, peludas. Pero afirmar eso como un "deber ser" de la comunicación implica una violencia que tiende a ajustar lo que se escucha al "querer decir" del que habla puesto en posición de Amo. Lo ilustra la continuación de la historia: Alicia deja de atender al Ratón y se entretiene imaginando una historia escrita como un poema en forma de larga y sinuosa cola donde se cuenta el triste destino de un Ratón que fue juzgado y condenado a muerte por un perro llamado Furia. El poema se estira sobre la hoja de papel con tipos de letra que se van achicando desde arriba hacia abajo hasta el final puntiforme de la palabra '*death*'. Momento en que el Ratón se enfada y amonesta severamente a Alicia por no prestar atención a su relato, es decir, por no estar ligándolo con lo que él, como Amo del discurso, esperaba que Alicia hiciera y pensase.

56 Jacques Lacan (1972): "L'étourdit", en *Scilicet*, núm. 4, 1973.

De paso, el ejemplo ilustra la doble materialidad del significante, como encadenamiento fonemático, como material *sonoro* a deificar por el que escucha según la pretensión del Ratón, y como material *gráfico*. Oposición que enfrenta la idealidad interior del pensamiento del Ratón con la concreción exterior de la hoja de papel en la que Alicia no oye sino que lee su historia-cola y la significa.

Alicia *interpretó*, leyéndola, a la expresión del Ratón, tomó '*a sad tail*' al pie de la *letra* y, mediante un arreglo tipográfico, confirió sentido a la expresión en apariencia *nonsensical* del Ratón. Confiando a una pregunta anterior, puede decirse que esto no es accidente de la comunicación, que ésta es su ley y que tal ley aparece empañada por la ilusión ya denunciada de que todos los integrantes de una cierta comunidad comparten la lengua y que la lengua es una institución con autoridad para decidir los buenos y los malos usos del lenguaje. Por este sesgo la lingüística se liga con la política. La dominación y la subversión del deseo se enfrentan en el plano del discurso. Secundariamente, también por otros medios. Quienes mejor lo saben, al mismo tiempo que no saben que lo saben y por lo tanto rechazan que esto les sea dicho, son los maestros, empeñados en reducir la ambigüedad de su decir y en lograr la univocidad, la eliminación: de la polisemia. Esta ley que consagra la palabra al equívoco es, en una palabra, la *significancia*. Ningún mensaje hablado, pronunciado por una voz, podrá eludirla.

Los sujetos representan a los significantes que los constituyen en su hablar y el deseo, deseo del Otro, se filtra en su decir. El discurso que apunta a la univocidad del discurso con la pretensión de un decir monosémico, de un sistema de significaciones universalmente compartidas, es el discurso de las ciencias. A partir del discurso único se supone también un sujeto único, el configurado por ese discurso. "El resultado es que la ciencia es una ideología de la expresión del sujeto".⁵⁶ Y es sobre este sujeto, sujeto de la certidumbre cartesiana ('yo que hablo, soy, eso es algo de lo que no puedo dudar') es que actúa el psicoanálisis subvirtiendo su seguridad: "Yo, que hablo y porque hablo, no puedo decir quién soy." Se pasa de considerar un sujeto como amo de su discurso a un sujeto como efecto de su decir.

Es que resulta imposible legislar el sentido en el uso de la palabra. Precisamente porque el significante no significa nada, porque

57 Jacques Lacan: *Radiophonie*, cit., p. 89 [Psicoanálisis. Radiofonía y televisión, cit., p. 62.]

puede llegar a significar cualquier cosa. Por eso Saussure "habló de arbitrario, y en efecto, no hay ninguna clase de lazo entre un significante y un significado, solamente hay una especie de depósito, de cristalización que se hace y que uno puede igualmente bien calificar como *arbitrario* o como *necesario*, en el sentido en que Benveniste agita esta palabra. Lo que es necesario es que la palabra tenga un uso y que tal uso esté cristalizado, cristalizado por esa destilación que es el nacimiento de una nueva lengua. Sucede que, uno no sabe cómo, hay una cierta cantidad de gente que al fin la usa".⁵⁸ De lo que sería erróneo deducir que la verdad de la lengua está en su proceso de constitución o destilación y en los usos que se ha hecho de ella: "Una lengua entre otras no es nada más que la integral de los equívocos que su historia ha dejado persistir en ella."⁵⁹

Ni la definición, ni la tradición, ni los usos presentes son autoridad para legislar el uso de la palabra. Nadie tiene jurisdicción sobre el significante y su eterna capacidad de significar otra cosa, nadie puede sentar jurisprudencia sobre los contextos lingüísticos de la selección y combinación significativa. Sin embargo, la pretensión de hacerlo es una constante en la historia. Pues se trata de una cuestión política.

'The question is', dijo Alicia, 'whether you can make words mean so different things'.

'The question is', replicó Humpty Dumpty, 'which is to be master — that's all'.

Porque la significancia en la ley del lenguaje es que nunca se podrá construir una lengua hablable que reduzca o formalice esta cuestión del equívoco. Aunque siempre el discurso de la dominación lo intentará. La utopía del "idioma analítico de John Wilkins"⁶⁰ es el sueño de la unificación del deseo al servicio de un Sujeto que se plantea a sí mismo como absoluto. Pero la semántica acaba siempre tropezando con la cuestión del sujeto y de las circunstancias de la enunciación. Pues el sujeto de la enunciación está animado por otros deseos además del deseo de enunciar. De esos otros deseos, de su estructura pulsional derivante, se ocupa el psicoanálisis. En cuanto a las condiciones de la enunciación habrá que tener siempre en cuenta el ser social de los interlocutores, su ubicación respectiva en tanto que sujetos históricos, algo que está más

⁵⁸ Jacques Lacan (1977): *Ouverture de la section clinique*, cit., p. 9.

⁵⁹ Jacques Lacan (1972): *L'étourdi*, cit., p. 47.

⁶⁰ Jorge Luis Borges (1952): *Otras inquisiciones*.

allá de los enunciados efectivamente pronunciados, efectos de discursos anteriores, que es el objeto de la teoría de las ideologías en el seno del materialismo histórico.

Lo que significa el significante no podrá nunca agotarse en términos de 'significación'. El concepto de 'significancia' no viene a llenar este hueco sino a señalarlo como imposible de ser llenado.

La significancia es este funcionamiento propio, este juego formal del significante que puede ser pensable como un conjunto de leyes combinatorias pero que es irreductible a leyes de contenido o de sentido. Se trata de leyes sin sentido que rigen la producción del sentido y que evidencian la multiplicación y la dispersión del sentido que se opera fragmentado, seccionando, modulando, interrumpiendo, combinando momentos temporalmente separados en la cadena discursiva.

Ésta es precisamente la función del analista durante la sesión. Su trabajo no consiste en —consiste en no— interponer un discurso supuestamente propio en el medio de las asociaciones del analizando. Se trata precisamente de hacer jugar la polisemia, de cortar la cadena asociativa de modo que ella revele su compleja estructura, de permitir que el hablante cuestione el mundo del sentido, del sentido común en el que ha vivido sumergido, y que pueda interrogarse acerca de su peculiar inserción en el mundo simbólico, que replantee su posición y su derrotero ante los significantes más o menos estables, más o menos mutables, de su destino. Así llegará ineluctablemente a resignificar su historia y a reconocer a su deseo como realidad fundamental y estructurante de esa historia, pasando por la reanimación de tal deseo en la transferencia.

Aquí se revelará que el ser del sujeto es un efecto de la significancia, que ahí está el inconsciente, eso "que del ser viene al decir".⁶¹ Y que el nombre propio y el pronombre personal 'yo' con los que se hace representar en el mundo y a través de los cuales espera ser reconocido son constituyentes a la vez que obturadores de su ser. *Constituyentes* porque sería impensable un sujeto que no exista como 'yo' en el mundo de los yoes, un sujeto carente de identidad especular, un sujeto que no hablase desde el reconocimiento de su propia imagen como punto desde el cual brota su discurso. *Obturadores* porque esa identificación del yo como representación imaginaria necesariamente amputa del ser la otra realidad, la del inconsciente, la de todos esos enunciados que, por ser inconciliables con

⁶¹ Jacques Lacan (1970): *Radiophonie*, cit., p. 79 [*Radiofonía*, p. 46.]

bre propio. Con el nombre se recibe el ser como miembro de la comunidad y como sujeto de la Ley. Antes de poder hablar el ser es ya definido como un ente ubicado en el plano de la diferencia (diferencia) de los sexos y en la sucesión generacional.

El nombre confiere al sujeto su identidad. La identidad resulta de la identificación con el significante asignado. Cuando este ser hable podrá decir: "Yo soy Juan Pérez." Hay que reflexionar en el verbo. Yo soy, tú eres, él es, eso que se impuso desde el Otro en el momento del bautismo. La identidad es lingüística. Esto puede ilustrarse con un ejemplo re-conocido: el expreso Ginebra-Paris de las 8:45 es ese independientemente de la locomotora, de los vagones, del personal que lo maneja, de los pasajeros que conduce. . . y hasta de la hora en que pasa porque incluso puede andar a destiempo y sigue siendo el expreso de las 8:45. Pues bien, cada hablante es, para el mundo, lo que el expreso de las 8:45. *Nomen est omen.*

Es desde ese significante entregado por el Otro que cada uno quiere hacerse reconocer. Como Uno que cuenta en el conjunto de los hablantes, alguien, no-nadie. Se observa acá un fenómeno que constituye excepción para la tesis saussureana ya discutida de la arbitrariedad del signo como correlato de un dualismo entre el orden de las cosas y el orden de las palabras. Porque el nombre propio no representa a un ser que existiría antes e independientemente del uso de ese nombre propio; al contrario, el nombre propio *hace* al ser. Nadie es Juan Pérez independientemente de la asignación de ese nombre. Ser es ser nombrado por el Otro. Y ese mismo estatuto tendrá posteriormente el pronombre personal "yo" que Juan Pérez habrá de utilizar para hacerse representar y reconocer ante los demás. No hay "yo" de nadie fuera del enunciado en que ese yo es constituido. El ser del sujeto es así asimilable al de esas figuras que constituyen irregularidad o anomalía para la lingüística: los performativos que *hacen* eso de que se habla y que no existen en tanto la palabra no sea dicha. Está abolida toda distancia entre el signo y el referente; es más, el referente se desvanece al desaparecer su signo. El ser es un ser de lenguaje.

Esta es la esencia de la subjetividad; no se trata de un efecto contingente o eludible. Por el contrario, es la condición de toda palabra. Sólo cabe hablar en la medida en que quien emite los sonidos se plantea como sujeto frente a un otro del que pretende, de uno u otro modo, un reconocimiento. Al hablar el locutor se plantea como "yo" de su discurso por impersonal que éste parezca. Si alguien dice: "Lleve", da por sobreentendido el enunciado: "Yo, que

la estructura discursiva de ese yo, no pueden ser asumidos en la cadena significante, que se encuentran sometidos a la represión y que, sin embargo, se enuncian en esa cadena, sin que el yo lo sepa.

Pues, "El hombre sabe más que lo que cree saber. Pero la sustancia de este saber, la materialidad que está debajo, no es otra cosa que el significante en tanto que tiene efectos de significación".⁶¹ Es decir, la significancia.

V. HACIA UNA TEORÍA DEL HABLENTE (*PARLÉTRE*)⁶²

Circunquios aparte: el sujeto es un efecto de la significancia. La tesis de la primacía del significante impone inequívocamente la secundariedad del sujeto. Esto puede leerse desde Freud: el determinismo que sostuvo a lo largo de toda su obra y el lugar central asignado en su teoría a los complejos de Edipo y castración marcan el camino que conduce a la primacía del significante.

El orden simbólico preexiste, configura y coacciona al sujeto. Indica los senderos para las modalidades posibles de existencia y delimita las imposibles. Los organismos humanos deberán tomar en él su lugar y así llegar a definirse como hombres y mujeres. Ese lugar está en cierta forma pre-escrito, prescrito. Lo prescrito, por su parte, indica también el lugar de lo proscrito.

El lugar es un efecto que precede y que preside al nacimiento por la impronta troqueladora del deseo del Otro. Se concreta lingüísticamente en el momento del bautismo con la imposición de un nom-

⁶² Jacques Lacan (1976): "L'une-bévue", en *Ornicar?*, núm. 12-13, 1977, p. 11.

⁶³ No se escapan al autor las dificultades que conlleva esta traducción del neologismo lacaniano. La distinción lingüístico-filosófica relativamente clara en el idioma español entre el ser y el ente no tiene un correlato definido en francés y resulta difícil decidir si Lacan, con la propuesta de *être*, apunta al ser o al ente. Puede suceder también que esta sutil distinción no importe mucho. El ente al hablar (*parler*) constituye su ser (*être*). A tal punto que puede resultar pleonástica la expresión "ser hablante" o, lo que sería su equivalente: "ser hablante". De todos modos también es válido subjetivar la expresión en español por medio de un retruécano, *witzeando* así: el *parlétre* de Lacan se traduce como *miseritable*. Según una interesante sugerencia de Estela Solano, el recurso de Lacan al *parlétre* tiende a desbaratar el equívoco que se produce siempre que se discurre sobre "el hombre". Porque "ellas" hablan también o tan bien. . .

El sujeto queda como la función de concatenación entre ese decir que lo ha constituido como criatura del lenguaje y ese decir que lo representa ante el Otro de una manera que escapa al dominio imaginario del fantasma yoico (en otras palabras, el discurso que es el inconsciente). Pues el sujeto, aunque crea lo contrario, no dice lo que piensa, ya que más allá de su pensar el inconsciente remueve y triturata sus pensamientos y palabras trasmitiendo lo que sabe sin que él sepa.

También es el sujeto un concatenador entre la Ley que ha debido aceptar para integrarse como hablante en el comercio de la palabra, aceptación forzada del Nombre del Padre en posición metafórica con respecto de su propio deseo, y la palabra que enuncia formulando siempre a medias su relación imposible con el objeto de ese deseo bajo la forma de una fuga permanente, metonímica. El sujeto es allí una estación intermediaria entre el significante de la Ley y el significante desplazado de su deseo.

En este sentido el sujeto se revela como unidad clivada por el significante (S), surgido y determinado por una carencia impuesta por la Ley y a la búsqueda interminable de un imposible: el objeto de su deseo. La distinción tópica consciente-inconsciente, redoblada después en el terreno de la lingüística por la distinción entre el sujeto del enunciado y el de la enunciación, fue la primera en establecer este clivaje en la intuición cartesiana del Uno que piensa y que habla. Solamente a partir de este clivaje (*Spaltung*) consciente-inconsciente, enunciado-enunciación, puede sostenerse la existencia de un sujeto.

Es obvio que este abordaje psicoanalítico del sujeto viene a impugnar no sólo al sujeto del cogito cartesiano sino también a su correlato, el sujeto que se da por descontado, que está implícito, fijo, sin superficie, ni deseo, ni volumen, ni cuerpo, puntual, coincidente con su discurso y con lo que enuncia, que es el sujeto de la lingüística. Este punto deberá ser retomado al marcar las diferencias entre ambas disciplinas.

El hablante no es entonces el sujeto de un querer decir o de un buen y correcto decir. Lo dicho está siempre en exceso respecto de la intención significativa o comunicativa. El hablante no sabe, cuando profiere su palabra, cómo habrá de ligarse esa palabra en el Otro que es el dueño del sentido de su decir por el efecto de la significancia. El hablante es el sujeto de una verdad fáctica y material, la del significante constituyente (S 1) que llega en su hablar a decir esas cosas de las que no podrá desdecirse (S 2) y a las que se da en

hablo, digo que llueve". Y es el otro el que ha de corroborar ese decir con su respuesta. Es de esta manera que el hablante se constituye en el momento en que, al decir, se hace escuchar por alguien, aun que fuese interiorizado, que le significa: "Es a ti a quien escucho cuando dices 'yo'." Desde donde se puede volver a transcribir la fórmula lacaniana de la comunicación: "El emisor recibe del receptor su propio mensaje en forma invertida." Por ese proceso circular de la palabra él es reconocido o, más simplemente, es. Por hablar. El ser se hace al proponerse ante el Otro como Uno que es. No cero. Hablante.

En breve, la subjetividad es un efecto del habla. Esta proposición es la piedra basal para llegar a establecer una "teoría no subjetivista de la subjetividad",⁶⁴

Ya quedó claro que el sujeto está incluido en el lenguaje desde antes de hablar y para siempre. El discurso biológica y sus correlatos genéticos no se sostienen frente a la nitidez de esta tesis. Falta, sí, trabajar sus consecuencias.

Cuando el hablante habla, cuando enuncia algo bajo la bandera de un "yo", sujeto del enunciado (de todo enunciado según se vio en el párrafo anterior), se desvanece (*fading*) como sujeto de la enunciación y queda representado ante el otro y ante sí mismo por lo que dice. Se disuelve y se rehace constantemente en su decir, ante el Otro que debería ratificarlo. . . pero que puede no hacerlo, como sucede en la situación analítica.

Lo que dice es un efecto del proceso que lo constituyó como sujeto, un efecto del significante que le confirió identidad libidinal y jurídica desde el momento de la asignación de un nombre propio y que ha sido ratificado en los infinitos intercambios regulados por el lenguaje en los que ha estado comprometido. "Intercambios regulados por el lenguaje" y no solamente intercambios lingüísticos porque se incluyen en la primera expresión los intercambios producidos en el circuito de las mutuas demandas desde antes de poder hablar y de producirse la identificación de la imagen especular del yo con el significante del nombre propio. Esa identificación con el significante cargará retroactivamente de sentido a los intercambios de alimentos, de excrementos, de sonidos guturales, de miradas, de sonrisas y de gestos en medio de los cuales fue constituyéndose y que no por ser extralingüísticos pueden ser pensados fuera del lenguaje.

⁶⁴ Michel Pêcheux: *Les vérités de La Palice*, Paris, Maspero, 1975.

llamar "formaciones del inconsciente". El decir no le pertenece, existe fuera de él, él es el efecto de ese decir.

Motivos todos para que Lacan se envanezca, como lo hace, del par de definiciones: "el sujeto es eso que el significante representa, y no podría representar nada sino para otro significante"⁶⁵ y "el significante es eso que representa un sujeto para otro significante".⁶⁶

Así, "el sujeto, con o sin conciencia de cuál significante es el efecto, no es más que eso que se desliza en una cadena de significantes",⁶⁷ "es un efecto de la repetición, de la insistencia significante"⁶⁸ que se define por ocupar un lugar más o menos estable entre S 1 y S 2 y que establece, con su ser, la diferencia entre ambos, entre el articulante y el articulado.

Pero, cuidado, este "efecto intermediario entre eso que caracteriza a un significante y a otro significante",⁶⁹ no es una nada. Produce que el encadenamiento significante, según se vio, produce en cada punto de su abrochamiento un sentido y no hay sentido sino por y para un sujeto. Lo que mueve al encadenamiento no es una mecánica de los significantes sino el deseo y el deseo no lo es ni del lenguaje ni del significante; el deseo es el del Otro, lugar donde se produce este sujeto clivado por el significante. Sin esta consideración, como lo señala Nasio,⁷⁰ el psicoanálisis sería un formalismo vacío que haría desaparecer el cuerpo deseante, gozante y angustiado, que Freud mostró al mundo. Como efecto del lenguaje, si, es que es sexuado y deseante, pero aspirando a través del juego significante a nombrar el objeto de su deseo a la vez que erigiendo barreras para protegerse del efecto devastador de esa nominación imposible.

El psicoanálisis que Lacan propone no es un formalismo asubjetivo⁷¹ y requiere imprescindiblemente de una teoría del sujeto en su

⁶⁵ Jacques Lacan (1964): "Position de l'inconscient", *Écrits*, cit., p. 835 [*Escritos II*, cit., p. 371].

⁶⁶ Jacques Lacan (1960): "Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien", *Écrits*, cit., p. 819, [*Escritos I*, cit., p. 330].

⁶⁷ Jacques Lacan (1973): *Encore*, cit., p. 48.

⁶⁸ Jacques Lacan (1966): "De la estructura como *inmixing*...", cit., p. 209.

⁶⁹ Jacques Lacan (1973): *Encore*, cit., p. 48.

⁷⁰ Juan David Nasio (1979): "L'enfant magnifique de la psychanalyse", *L'inconscient à venir*, Paris, Christian Bourgois, 1980, p. 40.

⁷¹ "En tanto que el formalismo rechaza el sujeto, para nosotros, psicoanalistas, el sujeto es la materia de nuestra praxis" (Juan David Nasio, *ibid.*).

relación con el significante, en tanto que es un efecto de éste y su funcionamiento, de la significancia. Por supuesto, el sujeto psicoanalítico no se confunde con ese 'yo' que en el enunciado designa al sujeto de la enunciación en tanto que habla pero sin significarlo. Y es que el 'yo' que le digo a otro no 'me' significa a mí sino que es la forma en que, especularmente, me desconozco y me hago desconocer bajo el señuelo de un reconocimiento imaginario. Pero el yo del desconocimiento puede llegar a tener un sentido de conocimiento como efecto de la vuelta del término final de la cadena sobre los términos iniciales. Y el sujeto mismo es el efecto de esta pasión combinatoria del significante.

Fuera de lo cual sería inconcebible el psicoanálisis y su designio. Pues la función analítica se define por esta intervención sobre la cadena significante que tiende a la precipitación del sentido en una subjetividad.

No se trata tampoco, en el extremo opuesto al del formalismo, de desenterrar alguna clase de subjetivismo o psicologismo aunque se le recubra con los galones renovados de una "teoría del sujeto". El sujeto del psicoanálisis no corresponde a la consideración de una sustancia viviente y palpitante sino en la medida en que la vida y la muerte están definidas en el orden simbólico. Los hombres y las mujeres, seres vivientes, claro, están atravesados por el discurso, por mensajes entrecruzados, por una historia de las instituciones y de los objetos del mundo, por significantes que, en tanto que tales, no son vivientes y mortales, sino transindividuales y sociales. Y son estos mensajes los que no tienen necesidad de un sujeto consciente para configurar y determinar a esos sujetos. Estos mensajes entrelazados son el Otro en cuyo seno se engendran los unos. Acá, así, se marca el reino de la pulsión de muerte, muda y trascendente a las existencias singulares.

Conviene recapitular antes de dar un nuevo salto en este desarrollo. El lenguaje, el orden simbólico, es condición de existencia del inconsciente (freudiano, no hay otro). La separación tópica de los sistemas consciente e inconsciente constituye a la subjetividad como subjetividad escindida de un ser lanzado a hablar y separado para siempre del objeto de su deseo. De modo taxativo: el lenguaje es la estructura estructurante mientras que el sujeto, representado por su discurso a la vez que desvaneciéndose en él, es la estructura estructurada. En un tiempo que lógicamente viene después, como efecto de esta escisión (*Spaltung*) o tachadura del sujeto (S) y dando

por presupuesta la maduración de las correspondientes funciones neurológicas, aparece el lenguaje como función, es decir, el sujeto habla, se presenta como hablante, como articulador del lenguaje que lo constituyó, representando al significante (que conserva su primacia) ante otro significante. Juega (*da*), tal el nieto de Freud, con el significante que lo juega (*fort*).

Hablando se integra en el sistema fonológico, sintáctico y semántico de la lengua. Se constituye como 'yo' del enunciado con un reconocimiento fragmentario de sí mismo como 'yo' que en la enunciación está distante del enunciado. El inconsciente, el sujeto de la enunciación, aparece en las lagunas del discurso y en los inspe- rados efectos de sentido producidos por su descomposición. En este momento en que dice más que lo que cree saber es cuando se trasciende como hablante, ya no como hablante sujeto a las reglas que impone la lengua como institución.

Por el hecho de hablar define un lugar que a él le está asignado en el orden simbólico. La cadena simbólica que eslabona es lo que él representa ante el Otro, tesoro del significante, lugar del código con que se expresa y sitio al que dirige su demanda de reconocimiento. Existe excéntricamente respecto de la cadena. Y cree ser él, su subjetividad, el centro.

Esta excentricidad del sujeto respecto de la cadena significante es la condición de posibilidad de ese efecto que es el sujeto ideológico tal como se le define en la teoría de las ideologías. En un texto anterior se ha señalado ya la inadecuación relativa de la fórmula de Louis Althusser que postula que "La ideología constituye a los individuos como sujetos" y se propuso, tomando en cuenta la obra de Freud y la de Lacan, reemplazarla por esta otra: "La ideología constituye a los ya-dividuos, sujetos del deseo inconsciente, como sujetos ideológicos."⁷² Lo que vale tanto como decir que el sujeto en sentido psicoanalítico es la condición de posibilidad y el presupuesto ineludible del sujeto de la lengua y del sujeto de la historia.

Lo del sujeto de la lengua requiere precisiones adicionales. Según se vio en el texto recién aludido,⁷³ la lingüística, que

⁷² Frida Saal y Néstor Braunstein: "El sujeto en el psicoanálisis, el materialismo histórico y la lingüística" (1979), en Néstor A. Braunstein: *Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (Hacia Lacan)*, México, Siglo XXI, 1980, pp. 80-160.

⁷³ *Op. cit.*, capítulo v, apartado D: "El sujeto en la lingüística", pp. 130-152.

encontraría que su tarea sería más sencilla si tan sólo tuviera que vérselas con los enunciados, se ve perturbada por la cuestión del sujeto de la lengua, soporte necesario de la operación de la estructura formal que es la lengua, a la vez que imposible de integrar teóricamente en el aparato formal de la enunciación. La lingüística, mejor dicho, las lingüísticas, escogen entre dos formas de expulsar a este sujeto perturbador de su campo: la primera consiste en derivarlo hacia alguna clase de psicología general, siempre por constituirse y que habrá de decir lo que haya de decir sobre él; la segunda lo excluye, lo "forcluye" de su discurso en una consideración formalista que hace de él un punto inextenso, carente de superficie y de volumen, de cuerpo y de deseo. En el formalismo se hace del alguien que habla un nadie, un punto puro de emisión de la palabra, idéntico al que le escucha y le contesta en el proceso de la comunicación e idéntico, además, a sí mismo, siempre igual en su nada.

En el psicoanálisis lacaniano, por el contrario, el sujeto, aunque desvaneciéndose (*fading*) en la cadena significante por el proceso de la enunciación, es mantenido porque entre el motor del deseo inconsciente y el fantasma del goce imposible actúa como el operador de la estructura. Él existe a la cadena y desde esa exterioridad insiste, suturado a la cadena significante que él representa, a la búsqueda en ella "del tiempo perdido", del mítico reencuentro con el objeto del deseo. Cumpliéndose su deseo, como queda ilustrado por el sueño, con el significante, con un símbolo que representa al objeto sin serlo.

Lacan ve en esta estructuración del sujeto con respecto del lenguaje la aparición de una tercera sustancia, imprevista por Descartes. Un algo esencial del hombre que no es ni extenso ni pensante sino "gozante"⁷⁴ y que se satisface "corporizándose de manera significativa". Bisagra de articulación, tal vez, del cuerpo y el pensamiento, de la *res extensa* y la *res cogitans*. Allí "el significante se ubica en el nivel de la sustancia gozante", "el significante es la causa del goce".

La distinción que se acaba de indicar entre, por una parte, el sujeto formal y el psicológico de dos formas de la lingüística, tomado en ellas como una incógnita impertinente o como un punto que opera de modo simétrico y prescindible en la emisión y la recepción de los mensajes y, por la otra, el sujeto escindido o clivado por el

⁷⁴ Jacques Lacan (1972): *Encore, cit.*, pp. 26-27.

significante que plantea el psicoanálisis coloca a las dos disciplinas en campos separados.

El sujeto de la lingüística, operador de la estructura de la lengua, el hablante, es, o se tiende a que sea, un sujeto formalizable, calculable, equivalente al sujeto de la teoría de los juegos, potencialmente capaz de decir todo lo que el sistema permite decir (competencia lingüística). Un sujeto que puede repetirse a sí mismo en una co-yuntura equivalente, que puede ser reproducido en otro sujeto, del que pueden llegar a predecirse sus actuaciones verbales (*performances*). Se trata —y esto es más o menos explícito en el discurso de la lingüística— de reducir lo anómalo y de incluir al sujeto como sujeto de la lógica formal, exento de contradicciones e idéntico a sí mismo: un sujeto del bien decir, normalizado, sin otro deseo que el de emitir ese discurso o mensaje que es soporte de estructuras fonológicas, semánticas y sintácticas. Una especie de mónada que coincide con el discurso que profiere; en última instancia, un sujeto prefreudiano.

El psicoanálisis, a partir de la experiencia de discurso que es el análisis, no puede reconocer a este sujeto de la lingüística sino como una creación artificial e imposible del discurso universitario. Porque en la sesión, liberado en su decir por la regla fundamental, el sujeto se presenta como una pura anomalía, no susceptible de legislación, irrepetible, para siempre distinto de sí mismo porque la repetición del significante se hace siempre en un momento único de la historia, sobre el fondo de una diferencia con el decir original de ese mismo significante. Esto pasa necesariamente así porque el significante no significa nada sino que es apertura a la significación y al sentido en medio de un lazo social fundado por el lenguaje. El significante es irrepetible porque la significancia lo lanza al infinito. La reaparición de un significante en el discurso tiene lugar siempre sobre el trasfondo de la huella mnémica dejada en el emisor y en el receptor por la vez anterior en que tal significante fue proferido y se liga de este modo con algo nuevo aportado por la primera enunciación que es ahora resignificada por la segunda aparición. La repetición no es nunca la reproducción del significante y por ello es que no hay dos decires idénticos de la manera en que dos copias de un mismo original son idénticas entre sí. El hablante, objeto de la reflexión y de la práctica psicoanalítica, sólo muestra diferencias y cambios de un momento a otro de su discurso por efecto de su deseo inconsciente, de la acción constante de la condensación

y el desplazamiento, de los procesos primarios que son estructurantes de su habla, a la caza sempiterna del objeto de su deseo.

El sujeto psicoanalítico representa al significante que va tejiendo en su discurso. Así se va desvaneciendo y entregándose al Otro en lo que dice. Su fugacidad repele toda sustancialidad en él. No transmite un mensaje o un sentido preexistentes. Tanto el mensaje como el sentido como el sujeto mismo se constituyen en el acto de hablar, en el trabajo discursivo infiltrado por los procesos primarios, donde el Otro, el que escucha, constituye el sentido por ser el soporte de la transferencia de los deseos inconscientes. Sujeto supuesto saber o saber supuesto sujeto.

VI. LA LENGUA Y LA LENGUA

Alguien habla, por eso es alguien. Sobre él se tejen dos concepciones diferentes; entre ambas la contradicción es flagrante. Para la lingüística es el hablante, operador de la estructura de la lengua. Para el psicoanálisis es el hablante, buscador en el decir del sendero que lo conduzca al goce, espantado si lo encuentra. ¿Puede coherentemente sostenerse que ellos, tan distintos, hablan lo mismo? ¿O debe sostenerse la tesis, sorprendente a la vez que necesaria, de que se mueven en diferentes dimensiones del lenguaje? En otras palabras, ¿cuáles son los trastornos introducidos por la significancia y por el inconsciente freudiano en el campo aparentemente reservado a la lingüística?

Con el hablante no hay dudas: opera con el material significante que extrae del tesoro de la lengua, una institución social caracterizada por ser un sistema de diferencias, negatividades que no concuerdan en términos positivos como consecuencia del carácter arbitrario del signo. Con ese material, siguiendo reglas fonológicas, sintácticas y semánticas prescritas y coercitivas, realiza ese "acto individual de voluntad e inteligencia" que es el habla. La acción del hablante consiste en operar selecciones y combinaciones con el material lingüístico cuya unidad es el signo con sus dos caras inseparables, el significado y el significante. Centrándose no sobre el signo sino sobre el producto de esta actividad, la gramática generativa chomskiana pretende alcanzar una formalización de los enunciados que toma como presupuesta a la intuición innata e inconsciente del hablante. En el apartado anterior se trataron ya las insuficiencias de las propuestas psicologistas o formalistas para dar cuenta del sujeto.

Precisamente es contra ese sujeto formalizabile y calculable, matematizable y logicizable, que se erige la reflexión sobre el hablante.

La diferencia entre lo que habla el hablante y lo que habla el hablante no puede conceptualizarse eclécticamente diciendo que ambos hablan la misma lengua sólo que se consideran aspectos diferentes de la misma: la regularidad y la univocidad en un caso, centrándose en la función referencial, y el equívoco y la ambigüedad en el otro, centrándose en el deseo y el goce. No puede aceptarse esta salomónica repartición de funciones porque la lengua legisla y hay sólo una manera de hablarla dentro del terreno que ella misma delinea. Toda la lingüística está allí con su empeño por encontrar las regularidades en el decir y en el relato y para mostrar cómo sólo se puede discurrir en torno a la lengua abocándose a los problemas de la transmisión de mensajes intencionales, a la relación dual entre los signos y las cosas y a la exclusión de lo accidental y contingente como pueden ser las homofonías, los chistes, las alusiones al imposible del reaporte sexual.

El psicoanálisis, por su parte, apunta a lo que en el habla sobresalta por su irregularidad, el lapsus o el olvido que revela irrupción de los procesos primarios, el trastorno y el corte en el flujo discursivo. Se focaliza sobre lo no sistemático ni formalizable que se ubica más allá de la lengua y de las estructuras sintácticas superficiales y profundas de la lingüística contemporánea. Su meta teórica y práctica es la de simbolizar el sexo (hacer consciente lo inconsciente) y sexualizar el símbolo (mostrando cómo ese inconsciente se presenta en el discurso concreto). Su objetivo confesado es el de desbaratar por el juego de la palabra lo que ese juego de la palabra, la significancia, ha configurado: el sintoma Y, dentro de él, ese sintoma privilegiado que es el fantasma imaginario del yo.

En la lingüística de Saussure la lengua y el habla "están estrechamente ligados y se suponen recíprocamente: la lengua es necesaria para que el habla sea inteligible y produzca todos sus efectos; pero el habla es necesaria para que la lengua se establezca". Parecería que la simetría entre ambas es absoluta, pero no es así porque de inmediato agrega: "históricamente el hecho de habla precede siempre". Para justificar su aseveración recurre a una observación indiscutible de la que no extrae todas las consecuencias: "oyendo a los otros es que cada uno aprende su lengua materna".⁷⁵

⁷⁵ Ferdinand de Saussure, *op. cit.*, p. 64.

La lengua está primero que nada en ese otro privilegiado que es la madre, es "lengua materna". Desde el habla del Otro es que la lengua sedimentará en el futuro hablante. Se rompe así la reciprocidad teórica entre lengua y habla y se destaca la presencia de una realidad anterior a la lengua que es condición de posibilidad del hablante y de la reflexión teórica ulterior que formalizará la existencia de una lengua. Luego, a partir del estudio de varias o de todas las lenguas, la lingüística reunirá un cuerpo de conceptos, definiciones y relaciones universalmente válido para las lenguas y dará al objeto así producido un nombre: *la lengua*.

Ahora bien, nunca debe perderse de vista que para el futuro hablante no existen las lenguas de las que se abstrae la lengua sino un permanente oír a los otros hablando algo que no es "una" lengua entre otras sino LA lengua, la única, concreto de material fónico indiferenciado en un principio que le ofrecerá después el cauce para su reconocimiento en el Otro. Esta lengua materna única no tiene en cuenta las fronteras lingüísticas. Si la madre fuese políglota y emplease su saber lingüístico en la relación con su bebé, LA lengua de ese bebé estaría armada con significantes provenientes de distintos sistemas de lengua pero, para él, seguiría siendo LA lengua.

Esta lengua materna no es un sistema formal de diferencias, es un flujo sonoro en el que se va trazando y tejiendo una trama libidinal de deseos entrecruzados. En ella, con ella, se entablará el circuito de la demanda en el que podrán luego reconocerse modalidades y registros diferenciados: oral, anal, fálico. Es en ella que la demanda proferida primero como sonidos guturales y gritos, articulada después, encontrará un lugar de significante que entrará en relación con el deseo del Otro.

Esa lengua materna es la tierra misma en la que se nutrirán las raíces del ya-futuro sujeto, es el indispensable eslabón que liga los términos de la fórmula antes citada: "el lenguaje es la condición del inconsciente". Para designar a esa lengua, única por sus efectos estructurantes del hablante, sustancia concreta no formal ni formalizable, material donde el sujeto habrá de significar su experiencia, colocada más allá de las barreras lingüísticas sin ser por ello un idiolecto, Lacan acuña un neologismo que recalca, por el camino del equívoco, su distancia con la lengua formal y abstracta de los lingüistas. Pues esta lengua, única para cada hablante, es... lalengua. La diferencia es escritural y no fónica, accesible sólo para quien lee un texto, muda para quien lo escucha. Pues así es como llega lalengua al hablante y lo hace hablante: mediante escansiones,

doctrina de la explicación de los chistes. A lo más que puede llegar-se es a decir que el chiste tiene relación con el inconsciente. ¿Cómo? Ése es el chiste de cada chiste. Es cuestión de lengua.

Lacan formula esta idea con un aforismo que se repite constantemente: "no hay metalenguaje. . . porque es necesario que todos los llamados meta-lenguajes les sean presentados como lenguaje. Ustedes no pueden dar un curso de matemáticas utilizando solamente letras en la pizarra. Siempre es necesario hablar un lenguaje ordinario, que sea comprendido. Es decir, no hay metalenguaje porque hay lengua, "una sola clase de lenguaje: el idioma concreto —inglés o francés, por ejemplo— que habla la gente".⁷⁶

Otra razón es que el sueño de los lógicos de alcanzar un metalenguaje que supere el equívoco del lenguaje hablado por los seres hablantes es un imposible porque nunca se resolverá el problema del equívoco por homofonía y por dispersión del sentido en función del corte de la cadena significativa. La noción de metalenguaje procede de la lógica de Carnap y es precisamente a ese intento de poner reglas al discurso al que el psicoanálisis viene a subvertir. Ello no quita que siempre se pretenda transmitir algo inequívocamente a través de la definición precisa de todos los términos, algo que alcanza su máxima expresión en la matematización. Es decir que "hay un embrión de metalenguaje, pero uno patina siempre, por una simple razón, y es que yo no conozco del lenguaje sino una serie de lenguas, encarnadas".⁷⁹ Por donde otra vez se llega a lengua.

Hay más razones para que no haya metalenguaje: cada proposición formulada por un hablante puede ser objeto de otra proposición que la tome por objeto. Por ejemplo: "Juan pega a Pablo" puede ser el objeto de la proposición: "Juan es el sujeto en la frase 'Juan pega a Pablo'". Y esta frase, a su vez, puede ser comentada, metalenguajeada, por otra frase que la tome como objeto y así hasta el infinito. Es decir, que el metalenguaje no tiene cierre, que, puestos a metalenguajear, los hombres tropiezan con un imposible. Otra razón para concebir el no-todo (*pas-tout*) de lengua. Como lo dice Miller: "Una vez iniciada, la división del lenguaje no podría cesar. La primera fractura lo abre a una multiplicación infinita. Porque basta con una *marca de más* para que la frase citada sea ci-

⁷⁶ Jacques Lacan (1966): "De la estructura como *inmixing*. . .", cit., p. 207.

⁷⁹ Jacques Lacan (1977): "Un signifiant nouveau", en *Ornicar?*, núm. 17-18, 1979, p. 20.

puntuaciones inaudibles, cortes imperceptibles que instauran, de una vez y para siempre, el equívoco en el decir.⁷⁶

Es en esta lengua donde el sujeto se constituirá como hablante, tachado por el significante, representante del significante ante otro significante. Se constituirá como incapaz para pensarlo y decirlo todo, consagrado a la incompletud que la castración marca en él, o hombre o mujer, identificado con un significante que lo identifica al separarlo del conjunto, para siempre —1. A partir de lo cual podrá contar como uno. Y esta lengua de cada uno es la del inconsciente, impermeable a los espejismos del querer decir (cuyo escenario es la lengua), de las ideas claras y distintas, de la lógica, de la conciencia, de la transparente subjetividad del hablante.

Si "el inconsciente está estructurado como un lenguaje" y si "el lenguaje es la condición del inconsciente" es porque lengua existe como un real: es la matriz del inconsciente, aquello que del lenguaje se concretiza como hablante.

Es en esta lengua donde tiene lugar la quebradura siempre al acecho y siempre fugitiva de la barra de la significación en el juego de la significancia. Lengua es el escenario donde confluyen el deseo y la Ley para configurar un sujeto hablante.

Se ve que el concepto de lengua es el corolario inevitable de la significancia como opuesta a la significación y del hablante como opuesto al hablante. Lengua es intraducible, es el soporte de las formaciones del inconsciente, es un proceso de creación permanente del sentido con impugnación de los sentidos preexistentes y aceptados. Por todo esto es que ella no constituye un sistema cerrado sobre el cual pueda formalizarse un saber. Es imposible erigirla como un objeto propuesto a la investigación científica. Es una "función de exceso" con respecto a la lengua".⁷⁷

Hay una manera segura de destruir un chiste: explicarlo. Ésta es la manera más sencilla de hacer que se entienda por qué no puede haber un saber formalizado sobre lengua. Sería algo así como una

⁷⁶ Cf. Jacques Derrida (1968): "La différence", en Tel Quel: *Théorie d'ensemble*, París, Seuil, 1968. Es llamativo que hasta el presente no se haya señalado hasta qué punto la noción equívoca de *différance* aportada por Derrida es heredera de la concepción lacaniana de significancia y preanuncia, ya en 1968, toda la riqueza teórica de lengua. Que quede acá testimonio de la promesa de volver sobre esta relación terminológica de engendramiento notional.

⁷⁷ Jean-Claude Milner: *L'amour de la langue*, París, Seuil, 1978, p. 93.

tada a su vez. Los lenguajes se siguen, numerados, escalonándose al defasarse por una muesca, envolviendo el nivel $n + 1$ al nivel n .⁸⁰ Y agrega más adelante que si la lengua U, la lengua que es usada, la lengua en la denominación que más tarde adoptaría Lacan, puede ser hablada es porque ella puede hablar de sí misma. Ella es a sí misma metalenguaje y lenguaje objeto. Por eso dice (p. 70): "No hay metalenguaje. Y agregó: hay la lengua única". Una vez más, la lengua.

Hay más aún. Si la realidad está estructurada para el hombre a partir de la distinción de determinados elementos en ella aislando-los del conjunto en el que estos elementos estaban sumergidos y si esta distinción es imprescindible fuera del lenguaje que establece las diferencias, es decir, si el lenguaje no trabaja más que separando a la cosa del mundo de las cosas e integrándola, a través de un representante, en el mundo simbólico que está no siempre claramente diferenciado del primero, entonces no queda sino llegar a la conclusión, materialista a pesar de las apariencias, de que "Una idea tiene un cuerpo. Es la palabra que la representa. La palabra (*mot*) tiene una propiedad muy curiosa —es que ella hace la cosa".⁸¹ Dicho en otras palabras, que "No hay ninguna realidad prediscursiva. Cada realidad se funda y se define por un discurso".⁸² O, más tajantemente aún: "Nada es sino en la medida en que se dice que es".⁸³

Si esto es así, "Juan", "pega" y "Pablo" acceden a la existencia a través de un decir que los liga y que los hace como sujeto, como verbo y como complemento y a todos ellos como objetos para otros discursos. Que tendrán lugar, a su vez, en la lengua. Es por eso que "no hay metalenguaje". Porque todo lo que es, en la medida en que todo enunciado remite a criaturas que sólo existen en y a través del lenguaje, es como siendo dicho. Éste es un equivalente del tan vituperado *esse percipit* del obispo Berkeley, es más, es su razón: el lenguaje, fundamento de la percepción. La lengua no puede así discursar más que sobre objetos cuya existencia está en la lengua. "No hay metalenguaje" . . . porque no hay nada que no lo sea.

En la lengua no existe la necesidad. Todo en ella es irregularidad,

⁸⁰ Jacques-Alain Miller: "U ou 'Il n'y a pas de méta-langage'", en *Ornicar?*, núm. 5, 1975-76, p. 68.

⁸¹ Jacques Lacan (1977): "Une pratique de bavardage", *Ornicar?*, núm. 19, 1979, p. 6.

⁸² Jacques Lacan (1973): *Encore*, cit., p. 33.

⁸³ *Ibid.*, p. 126.

contingencia. Y desde los tiempos del estagirita se sabe que, si bien puede haber ciencia de lo singular (y la lingüística no se priva de ello), no puede haber ciencia de lo contingente. Contingente es precisamente en la lengua la relación del significante con el significado como consecuencia de la significancia. Allí la significación depende del momento de corte de la cadena que viene a marcar al sujeto, al sujeto de la lengua, como efecto contingente del corte.

El lenguaje existe especificado en diferentes lenguas. Éstas constituyen la matriz en la que se nutre y de la que surge el sujeto. El sujeto es un sujeto clivado por el significante, incapaz a partir de la represión originaria de decirlo todo. Es por esto que el lenguaje, a través de la lengua, es la condición del inconsciente. Ya clivado, escindido por el significante, el sujeto habla, encadena discursivamente a los significantes que lo encadenan. De lo que ese sujeto ya clivado puede hablar, de las proposiciones que emite, la lingüística hace un todo, todo de los enunciados, discurso universal, del que cada enunciado particular es una muestra. Ese todo se sostiene por la ignorancia del no-todo del decir, de esa diseminación infinita del significante, al que se da el nombre de inconsciente. Trabajando sobre ese discurso supuestamente universal, falsamente universal ya que no-todo puede decirse, analizando las características comunes a las distintas lenguas que se hablan, la lingüística erige el concepto de lengua y lo hace objeto de su teoría sobre los supuestos de la consistencia, la permanencia, la univocidad, la regularidad, la repetibilidad. Es así como el sistema formal de "la lengua es el todo del no-todo".⁸⁴

Si se relea el párrafo anterior se podrá encontrar una serie de términos sucesivos donde cada uno presupone al anterior y es condición de posibilidad del siguiente:

lenguaje - la lengua - inconsciente - habla - lingüística - lengua. Esta cadena está hecha con eslabones no homogéneos: lenguaje, inconsciente y lengua son estructuras, la lengua y habla son sustancias concretas, lingüística (y psicoanálisis, que podría incorporarse a la cadena entre lengua e inconsciente), es una disciplina del sa-

⁸⁴ Jean-Claude Milner (1978): *L'amour de la langue*, cit., p. 116. Es imposible definir cuánto debe toda esta parte del trabajo que se está leyendo a la elaboración depurada que hace Milner. Si este trabajo no es más claro o más exhaustivo es porque el autor resiste a la tentación de parafrasear o de citar entrecomillando al preclaro autor de *L'amour de la langue*. Queda al lector remitirse a esa fuente y abreviar en ella.

ber. Queda, no obstante, lo ya apuntado: cada uno de los términos es la condición de posibilidad del siguiente.

Lalengua, como se ve, queda ubicada entre el lenguaje y el inconsciente, producto, este último, de la reflexión psicoanalítica (ya que no hay inconsciente sin el psicoanálisis). Lalengua puede ser definida como aquello que de lo simbólico, del lenguaje, es estructurante del sujeto, como la forma en que el lenguaje se encarna en un cuerpo y se hace cuerpo. "Lalengua nos afecta de entrada por todo lo que ella conlleva como efectos que son afectos. . . Estos afectos son lo que resulta de la presencia de lalengua en tanto que, por saber, ella articula cosas que van mucho más allá de eso que el ser hablante sostiene de saber enunciado. . . El inconsciente es un saber, un saber hacer con lalengua."⁸⁵ Lalengua constituye al sujeto del deseo. Es lalengua materna, interpretante universal de todos los signos, siempre única. Es "el cuerpo de lo simbólico",⁸⁶ la sustancia de la que está hecho el inconsciente freudiano. Es ella y no el sujeto la que habla en cada formación del inconsciente; es ella, es Ello que invade todo en el decir; es en ella que se inscribe el deseo y es por ella que el sujeto tiene un vislumbre del goce en ese punto de anudamiento de los significantes al que se apunta y al que se pone barrera mediante el principio del placer. Lalengua es la carne del fantasma. Con lalengua "los poetas hacen cálculo y el psicoanalista se sirve cuando le conviene".⁸⁷ Esta lalengua existe independientemente del diálogo pero es el fundamento del goce en él. Razones todas para sostener que el psicoanálisis es una experiencia en el medio (otra vez las tres acepciones) de lalengua.

(10 de septiembre de 1981. La hoja está enrollada en el rodillo de la máquina de escribir. El autor ha colocado el número 48 como referencia de un artículo de Lacan e interrumpió su trabajo. En medio de otras actividades lo llaman por teléfono desde un periódico para comunicarle un cable recién recibido: Lacan acaba de morir. El autor piensa en Pasolini y las frases que transcribió del cineasta al comienzo de su artículo y se piensa a sí mismo como uno de los infinitos puntos desvanecientes donde el significante que emite referencia a la palabra de Lacan, ese significante que en ese momento lo representa ante otro significante. Sólo que ese otro significante es ahora la muerte y a ella no se le puede matar por inmensas que

⁸⁵ Jacques Lacan (1973): *Encore*, cit., p. 127.

⁸⁶ Jacques Lacan (1976): "L'insu que sait. . .", cit., p. 7.

⁸⁷ Jacques Lacan (1972): "L'Étourdit", cit., p. 48.

sean las pirámides de letras amontonadas para negarla. Vuelve a la máquina, mira la última línea que ha escrito, su mirada recae sobre la cifra "48" y en su lalengua reaparece algo que recibiera en la infancia: cuando en un sueño aparece un muerto que habla está indicado comprar un billete de lotería terminado en "48", significante de *il morto chi parla*. Y melancólicamente cierra el *paréntesis*.)

Respecto de lalengua, la lengua, objeto formal y abstracto delimitado por la práctica teórica de la lingüística, se define como una elucubración secundaria, como un intento de contornear y de regularizar en una estructura teórica a este objeto escurridizo, paradigma de irregularidad bajo el imperio de la contingencia que es lalengua. "Pues la lengua. . . sostiene el no-todo de lalengua" y lo oblitera con una completud imaginaria, la de un universo de discurso en el seno del cual todo puede ser dicho: "La lengua adquiere la consistencia propia de lo imaginario y su totalidad es allí la de un fantasma".⁸⁸

Pues lalengua es la condición del inconsciente que es la condición del habla, ese interminable yacimiento donde excavan sus galerías los buscadores de regularidades que van definiendo los usos normales y los accidentales, que van delimitando los distintos campos o sectores de la lingüística: fonología, gramática, sintaxis, semántica, retórica, etc. El edificio conceptual se sostiene sobre la base de una exclusión, la de lalengua, que es compensada con una noción ideológica, la de la comunicación entre seres simétricos e indistinguibles entre sí. La supresión de lalengua implica necesariamente la eliminación del término que le es correlativo: el hablante. De esta doble exclusión en la que se funda el saber lingüístico surge la explicación de los escollos con los que tropieza: el sujeto y el sentido. ¿Cómo reintegrarlos? ¿Cómo sería una lingüística que tenga en cuenta lo que el psicoanálisis enseña, es decir, que el inconsciente está estructurado como un lenguaje a través de lalengua? ¿Cómo puede existir una lingüística que no se funde en el desconocimiento y la denegación de la realidad de lalengua?

Debe tenerse en cuenta que lalengua, al no llenar imaginariamente el imposible que separa al hombre de lo real (y de la mutua reciprocamente), es la condición de toda aproximación asintótica a la verdad, esa verdad que sólo podría aparecer en la palabra pero que es materialmente imposible que sea dicha porque las palabras faltan para ello. La verdad aparece en lalengua, en el hablante, como articulación de la palabra con el cuerpo bajo las

⁸⁸ Jean-Claude Milner: *L'amour de la langue*, cit., p. 40.

formas inefables del goce y de la angustia. Goce y angustia que son efectos de la significancia y que rubrican la emergencia de tal verdad en el discurso. Se toca en este punto el más profundo sentido de la regla fundamental del análisis, esa que incita al hablante a la incontinencia en el decir: no es otra cosa que la consigna de zambullirse en la lengua, en aquello que, como se dijo, es lo simbólico como artífice de una subjetividad definida a su vez como encarnación de una lengua en un cuerpo.

La postulación de este objeto insólito, la lengua, por parte de Lacan es mucho más que una irreverencia. Es, a través del chiste por homofonía, un gesto subversivo que impugna cualquier pretensión absolutista de ligar la práctica del lenguaje a una Lengua, Sintaxis o Discurso que normarían el decir y lo decible y dentro de los cuales todo cabría y todo podría ser dicho y debería ser dicho de una manera preestablecida, la buena. La lengua establece y fundamenta el inabarcamiento del decir y del discurso. Razon de más para consolidarla como objeto de ninguna ciencia, más aún, como límite que marca el lugar donde los discursos científicos pueden instalarse y definir su validez.

Quando se impugna la noción de metalenguaje se realiza una intervención sobre los mecanismos del poder y, muy particularmente, sobre las formas modernas del poder organizadas por el designio de una unificación de los hablantes alrededor de una cierta lógica de la dominación, de la estandarización de los mensajes, de la economía de los signos, de la desconstrucción de la torre de Babel.⁸⁹

Al desembocar en la propuesta de la lengua en el día de hoy, día de la muerte de Lacan, se puede resignificar retroactivamente todo el desarrollo del psicoanálisis y recuperar el sentido de los primeros diálogos de Freud con sus pacientes histéricas, esas que mostraban su lengua como estigmas corporales. También hoy se pueden comprender los intentos de desviación del psicoanálisis; por ejemplo, el célebre y difundido "análisis de las resistencias", como intentos de acallar a la lengua. Teóricamente la noción de lengua es imprescindible porque equivale a ese sistema de la significancia donde se hace y se deshace el hablante, lugar de la construcción imaginaria de cada uno que es efecto del orden simbólico y lugar de la desconstrucción de ese imaginario en la experiencia psicoanalítica y poética. Es la noción esencial para esclarecer el proceso de pro-

⁸⁹ Françoise Gadet y Michel Pêcheux: *La langue introuvable*, Paris, Maspero, 1981.

ducción del sujeto inconsciente, efecto del pasaje por el complejo de Edipo, marcado en ese tránsito por la castración, criatura y efecto del lenguaje, articulador y redistribuidor de los elementos que a él lo articulan, hablante, emisor de proposiciones sobre las cuales la lingüística aspira a asentir un saber.

La introducción de la lengua como piedra angular del discurso y del saber y como cimiento de la subjetividad no es, sin embargo, una operación carente de riesgos. Es tradicional que toda innovación en el campo del saber conlleve una tendencia imperialista de la novedad que tiende a considerarse universalmente válida y anuladora de los discursos en medio de los cuales surgió, dueña exclusiva de los arcanos de lo real. Ese peligro amenaza también a la noción de la lengua, según se verá.

Es el propio Lacan el que comienza este proceso de cuestionamiento de su propio decir en la persecución de un nuevo saber, empresa lícita como la que más e imperiosa necesidad de todo creador.

Después de haber renovado al psicoanálisis haciendo volver a él "la carta robada", es decir, la palabra reprimida de Freud, colocando en su justo centro a "la función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis", Lacan desemboca en la noción de lengua, sustancia concreta, no-concepto, imposible de definir y de abarcar, líquido amniótico de la experiencia psicoanalítica. El proceso es riguroso y la conclusión impecable. Pero queda la impresión de que a partir de ese momento se procede a la destrucción del camino por el que se llegó a ese punto. La primera víctima es el concepto de lenguaje.

Las citas son imprescindibles. En *Encore* está escrito: "Si yo he dicho que el lenguaje es eso como lo que el inconsciente está estructurado, es ciertamente porque el lenguaje, en primer lugar, no existe. El lenguaje es eso que uno trata de saber respecto de la función de la lengua. . . El lenguaje está hecho de lengua, sin dudas. Es una elucubración de saber sobre la lengua. Pero el inconsciente es un saber, un saber hacer con la lengua. Y eso que uno sabe hacer con la lengua supera en mucho aquello de lo que uno puede dar cuenta bajo el rubro del lenguaje".⁹⁰

Y esto se reitera años después: "Si yo he dicho que no hay meta-lenguaje, es para decir que el lenguaje, eso, no existe. Sólo hay soportes múltiples del lenguaje, que se llaman *lalengua*".⁹¹

⁹⁰ Jacques Lacan (1973): *Encore*, cit., pp. 126-127.

⁹¹ Jacques Lacan (1977): "Une pratique de bavardage", cit., p. 6.

Toda la obra de Lacan se estructuró como un retorno a Freud para mostrar que en la teoría y en la práctica del psicoanálisis el lenguaje estaba en todas partes. Pero a partir de la introducción de la lengua el lenguaje desaparece. Sus discípulos se lanzan a confirmar este giro teórico. Así, Jacques-Alain Miller:⁹² "El lenguaje es el resultado de un trabajo sobre la lengua. Es una construcción de la lengua. Es, bajo el ojo del amo, el concepto científico, y aquí universalitario, de la lengua. Es la manera científica de encontrarse allí con la lengua, de intentar comprenderla. Digamos que el lenguaje es un efecto del discurso del amo, y que su estructura es la misma del discurso del amo."

Jean-Claude Milner, por su parte, asienta: "Sea pues la lengua; el lenguaje designa aquello que el saber elucubra respecto de ella —y especialmente acerca de su existencia: de modo que el concepto de lenguaje consiste íntegramente en la pregunta: '¿Por qué hay la lengua y no nada?' En otros términos, el lenguaje no es nada más que *lalengua* en tanto que ella está cogida en la disyuntiva de su existencia o de su inexistencia: un saber que pasa por la ausencia fantaseada de su objeto",⁹³

La propuesta de disolución del lenguaje como "elucubración del saber" en el flujo concreto de la lengua no puede dejar de afectar retroactivamente al conjunto de las proposiciones lacanianas concernientes al lenguaje y al inconsciente. Particularmente debe reconocerse la proposición que, según Miller (véase p. 16), resume el sentido de toda la obra de Lacan: "El inconsciente está estructurado como un lenguaje". El propio Miller se plantea el problema teórico. Si el lenguaje es una elucubración del saber y el inconsciente está estructurado como un lenguaje, todos los conceptos psicoanalíticos pueden empezar a caer como fichas de dominó al desmoronarse la que los sostenía. Y corre, a sabiendas, el riesgo: "La fórmula 'el inconsciente está estructurado como un lenguaje' es verdadera sólo si se trata del inconsciente como aquello de lo que el discurso analítico intenta saber, es decir, intenta saber de la lengua y de sus efectos. Habría pues que decir —lo digo con precaución— que el inconsciente llamado justamente freudiano es también una elucubración de saber sobre la lengua".⁹⁴

⁹² Jacques-Alain Miller (1974): "Théorie de la langue (rudiment)", en *Ornicar?*, núm. 1, 1975, p. 30.

⁹³ Jean-Claude Milner: *L'amour de la langue*, cit., p. 26.

⁹⁴ Jacques-Alain Miller (1974): "Théorie de la langue", cit., p. 31.

Así, la caída del lenguaje en la categoría de discurso del amo arrastra al inconsciente freudiano y, con él, debieran caer todos los conceptos: la transferencia, la pulsión, la repetición, etc. Sólo quedarían, refulgentes, la lengua y su correlato igualmente concreto, el hablante. El psicoanálisis pasaría a ser una práctica sin teoría, carente de conceptos.

Ciertos textos de Lacan apuntan en esta dirección desfreudizadora. Así, en una conferencia en los Estados Unidos⁹⁵ sostuvo: "Es un círculo vicioso decir que somos entes hablantes. Somos 'hablantes', palabra que es ventajoso que sustituya al inconsciente. . ."

Y en esta formulación sorprendente: "El inconsciente, pues, no es de Freud, es necesario, que yo lo diga, es de Lacan. Esto no impide que el campo, ése sí, sea freudiano",⁹⁶

Con estas referencias puede ya asentarse que el inconsciente de Lacan es el hablante y que ese hablante está estructurado como la lengua puesto que nada existe del lenguaje fuera de esos soportes concretos que son la lengua. La fórmula freudiana que Freud nunca llegó a formular pero que es inequívoca a partir de la lectura laciana de "el inconsciente estructurado como un lenguaje" ha dado lugar a esta otra: "el hablante estructurado como la lengua", con retorno a la experiencia concreta y manifestación explícita de rechazo de todo orden conceptual tratado ahora de "discurso del amo" y de "elucubración del saber". Esta recuperación de lo "concreto" de la experiencia tiene, sin embargo, un aire más de cosa antigua que de novedad.

Es imposible olvidar la marca que recibió el pensamiento psicoanalítico en Francia cuando los textos de Georges Politzer, a fines de los años 20, rescataban la dimensión "concreta" y "dramática" abierta por el pensamiento de Freud a la vez que rechazaban la teoría del inconsciente por ser "abstracta, formalista y realista". Los "vicios" denunciados por Politzer fueron objeto de larga y fecunda polémica. El pensamiento existencialista de los años 40 y 50 recogió la bandera de la psicología concreta y continuó la desconfiada por el inconsciente freudiano. La boga del estructuralismo de los años 60 reflejó la epistemología de Bachelard y Koyré y buscó en la lingüística y en las investigaciones antropológicas de Lévi-Strauss

⁹⁵ Jacques Lacan (1975): conferencia en la Columbia University, en *Scientif*, núm. 6-7, 1976, p. 49.

⁹⁶ Jacques Lacan: "Ouverture de la section clinique", en *Ornicar?*, núm. 9, 1977, p. 10.

una fundamentación teórica sólida. La relectura de Freud por parte de Lacan formó parte de ese esfuerzo y de esa época data la fórmula o las fórmulas que ligan al inconsciente freudiano y el lenguaje. La fuerza del estructuralismo como corriente del pensamiento (nunca escuela) alcanzó su apogeo en 1968 y con ella una cierta tendencia del pensamiento de Lacan. A partir de entonces se observa una especie de reflujo, un abandono de las estructuras formales y una recuperación del sentido y de la verdad de la experiencia. La teorización centrada ahora alrededor del hablante y de la lengua se ubicaría en ese camino, algo así como un contragolpe del estructuralismo que parece estar llevando a un neopolitizamiento donde el inconsciente vituperado por ser "abstracto, formal y realista" antaño, sería ahora una "elucidación del saber".

La exclusión del pensamiento conceptual con los conceptos de lengua y hablante acarrea otros serios problemas, por ejemplo, el de la transmisibilidad del análisis. Para sortearlo es que se requiere poner énfasis en algo que se ubique más allá de las definiciones y de los sistemas. Para ello se recurre en el lacanismo de los últimos años al *matema*. Este punto requiere recurrir nuevamente a citas textuales para dar a entender lo que está en juego. En primer término, nuevamente Jacques-Alain Miller.⁹⁷

"La doctrina de la lengua es inseparable de la del matema. Mientras que la lengua sólo se sostiene por el malentendido, que vive y que se nutre de él, porque los sentidos se cruzan y se multiplican sobre los sonidos, el matema, por el contrario, puede transmitirse integralmente 'sin anfibolia ni equivocación' . . . porque está hecho de letras sin significación.

"Lo que es el matema, quizá bastaría para representarlo con decir esto: en un libro de lógica, hay lo que se traduce y lo que no se traduce. Lo que se traduce, es el lenguaje. . . Y además hay lo que no tiene necesidad de ser traducido en un libro de lógica de una lengua a otra, y eso es el matema. . .

"Si no hubiese matema del psicoanálisis, entonces el psicoanálisis sería una experiencia inefable. Los analistas nunca tendrían la posibilidad de entenderse. Formarían una comunidad iniciática, cerrada sobre un secreto. Ustedes conocen la frase de Hegel: 'Los misterios de los egipcios son misterios para los egipcios mismos.' Bien, si no hubiese matema, los misterios de los analistas serían misterios para los analistas mismos. Cada uno se consolara con la

97 Jacques-Alain Miller (1974): "Théorie de la langue", cit., p. 33.

creencia de que el otro sabe y sólo pensaría en disimular a su vecino su insuficiencia."

Y es así como, en remplazo de los conceptos que no podrían transmitirse sin equívoco, se recurre a los matemáticas, a las letras minúsculas y mayúsculas y a símbolos como los de la lógica. La operación podría ser defendida si con ella se lograra contornear la lengua y se pudiese transmitir unívocamente el sentido de la experiencia. El matema se propone hacer de la práctica del psicoanálisis una experiencia transmisible. ¿Lo logra? ¿Quién podría contestar mejor a esta pregunta que quienes sostienen su necesidad?

Lacan dice que sus matemáticas son "una tentativa para imitar a la ciencia".⁹⁸

Y, más claro, el propio Jacques-Alain Miller establece: "Para aquellos que estudian cerca de Lacan, no podría quedar desconociendo que estos matemáticas simulan una ciencia que no cumplen. Ningún algoritmo podría refrenar su polivocidad, o sea, las veinte y cien lecturas diferentes que ellos autorizan, como se expresa Lacan. Ellos quedan no solamente atornillados a la lengua, sino indisociables del estilo propio del que sigue siendo su autor, y que ora se jacta de él, ora lo deplora".⁹⁹

En síntesis, el matema es necesario para evitar el equívoco en la transmisión, para eludir la lengua y posibilitar que el psicoanálisis no sea iniciático. Pero, a su vez, el matema es el producto de la lengua de alguien, está marcado con su estilo, formula una promesa de univocidad mientras que está consagrado a la polivocidad. Es más, el propio Miller dice en el mismo artículo que estos matemáticas de Lacan toman un aire caricatural en el momento de su repetición por otro. No se ve bien cómo podrían entonces estos matemáticas ser equivalentes a esas partes que no hay que traducir de una lengua a otra en los libros de lógica. Puede que no haya que traducirlos pero lo que es seguro es que no libran al psicoanálisis de tener que buscar de otra manera la garantía de su transmisibilidad. Tampoco resulta muy claro cuál es el proceso que lleva a Lacan o a cualquier otro a la formulación de un matema. La cuestión sería la de descartar que el matema no sea también, y con más justo título que el lenguaje o el inconsciente, una "elucidación del saber".

98 Jacques Lacan (1975): conferencia en la Yale University, Kanzer Seminar, en *Scilicet*, núm. 6-7, 1976, p. 26.

99 Jacques-Alain Miller: "Algorithmes de la psychanalyse", en *Ornicar?*, núm. 16, 1978, p. 22.

Pero si el matema está marcado por la lengua de Lacan, por su estilo, por sus equívocos, ¿no se estará señalando así un nuevo discurso del amo que pasaría a ser la condición de posibilidad del diálogo entre los analistas "para que los misterios de los egipcios no sean un misterio para los egipcios mismos"? Esto sólo podría justificarse sobre la base de la transferencia de "los que estudian cerca de Lacan", pero el psicoanálisis tiende a la disolución de la transferencia como criterio del fin de la cura. ¿No se llegará así a la disolución de los matemas?

Así las cosas el matema parece condenado a ser equívoco, elucubración del saber y discurso del amo, todo aquello que vendría a evitar. Pero puede sostenerse que el problema es un falso problema. Ésa es la alternativa sostenida por este trabajo.

Hay otro camino, el camino abierto por Lacan y que el nombre de Lacan amenaza con cerrar, ese camino es el del retorno a Freud, al del inconsciente que es, sí, de Freud tal como Lacan lo ha evidenciado al conceptualizarlo con rigor apartándolo de posibles derivaciones biologizantes, adaptacionistas, culturalistas y demás yerbas. Se trata de volver, simplemente, a que "el inconsciente está estructurado como un lenguaje", a la tesis de una estructura estructurante y una estructurada y a la conexión entre ambas por medio de esa sustancia concreta que es la lengua, tal como la evidencia la experiencia psicoanalítica. Desde hace unos años se teme al término "estructura", ese mismo término del que se abusó poco antes. Por que ni el lenguaje ni el inconsciente son "elucidaciones del saber". Son, sí, estructuras, y la estructura, es el momento de repetirlo, es lo real que viene al saber abriéndose paso en el lenguaje.

El inconsciente y el lenguaje no son sustancias, de acuerdo, pero tampoco son abstracciones, son nombres dados a realidades materiales que podemos alcanzar a partir de la observación de sus efectos materiales y concretos como pueden ser, para el caso del psicoanálisis, la lengua y el hablante.

Sin los conceptos de las estructuras sí que la experiencia psicoanalítica pasa a ser inefable y misteriosa. Sin esos conceptos, los matemas de Lacan, útiles recursos pedagógicos, por otra parte, no harían sino confirmar la renuncia al saber por el camino de una identificación en el ideal del yo, donde los psicoanalistas renunciarían a su identidad simbólica para confundirse en la adopción de una identidad imaginaria común con ese autor de los matemas que los marcó con su lengua particular, sea que se jacte de ella o que la deplora.

La propuesta de este trabajo es reconocer a la lengua como eso que se materializa en la situación analítica, soporte de las formaciones del inconsciente, matriz del sujeto hablante. De ese inconsciente que trabaja cifrando y que indica el rumbo de la investigación psicoanalítica como trabajo de desciframiento y producción del sentido que surge en la lengua del analizante; un sentido que es a la vez sabido e ignorado porque no está, de momento, a la disposición del hablante.

Reconocer y colocar en su justo punto teórico a la lengua no es contradictorio con el reconocimiento de esos conceptos que son producto de la práctica teórica: el lenguaje, el inconsciente y también, en otra dimensión, ajena al psicoanálisis, la lengua de los lingüistas que, no por estar basada en la exclusión de la lengua, es por ello inexistente. Pero que, a partir de la producción del concepto en el que, sin saberlo, se fundamentaba, debe repensar su estatuto.

Pues la lengua no acaba con la lingüística. Nada más, nada menos, viene a subvertir sus fundamentos.

VII. LINGÜÍSTICA Y LINGÜISTERIA

Del enamoramiento ilusionado a la decepción y el rechazo; así pueden contemplarse las mutables relaciones de la obra de Lacan con el discurso de la lingüística.

Cuando un lector se acerca a los textos de un autor que ha dejado muchos, tropieza con un obstáculo: el nombre propio y la identidad imaginaria que ese nombre confiere a obras variadas, a un pensamiento que avanza deconstruyendo el anterior. Si el autor dijese siempre lo mismo bastaría con leer una obra de él, la primera o la última, es lo mismo, para comprender su situación. Pero la obra de Lacan, como la de Freud, como la de cualquiera que se aventura en este campo conjetural que es el de los discursos armados en una lengua, está recorrida por innumerables fracturas. Se está lejos de la cómoda homogeneidad de la obra monolítica, del pensamiento que progresa impertérito, sin negarse a sí mismo, incansable, hacia un paraíso de bienaventuranza y paz, privado de contradicciones.

Los textos que se escalonan hasta 1957 van puntuando el acercamiento del discurso de Lacan a los lingüistas y a las tesis de la lingüística estructural. A tal punto que, después de publicar "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud", Lacan comienza su seminario de 1957-58 diciendo en la primera

no se domina sino con su operación: El inconsciente puede ser como lo decía yo la condición de la lingüística. Ésta sin embargo no tiene el menor influjo sobre él. Puesto que ella deja en blanco lo que ahí hace efecto: el objeto α que es lo que se pone en juego en el acto psicoanalítico".¹⁰²

Sólo puede haber despecho cuando se han puesto ilusiones en torno al objeto. Véase esta confesión: "Yo intentaba triunfar, naturalmente, yo soy como todo el mundo, ingenuo —imaginaba que la lingüística era una ciencia. Ella tendría esta ambición. Ella intenta hacer como si fuese una ciencia."¹⁰³

El despecho no es reconocido como propio, es atribuido al objeto ("no eres tú quien me deja a mí sino que soy yo quien te dejo a ti" — "eres tú quien saca provecho de mí y no yo de ti", fórmulas que se repiten trivialmente en los amores desafortunados; Lacan las retoma con su estilo peculiar): "Así la referencia en la que yo sitúo al inconsciente es justamente aquella que a la lingüística se le escapa. . . Ella nos conduce bonitamente, Dios sabe dónde, pero seguramente no al inconsciente. . . Lo que denuncia la decepción que yo causo a muchos lingüistas sin salida posible para ellos, por más que yo me haya desembarazado de eso. Quién puede dejar de ver en efecto, al leerme, incluso al habérmelo escuchado decir en voz alta, que el analista está desde Freud muy por delante y por encima sobre el lingüista, sobre Saussure por ejemplo, que queda sobre la vía de los estoicos, la misma de San Agustín. . . Muy por delante, yo he dicho en qué: la condensación y el desplazamiento anteceden al descubrimiento, con la ayuda de Jakobson, del efecto de sentido de la metáfora y la metonimia. Por poco que el análisis se apoye en la posibilidad (*chance*) que yo le ofrezco, conservará esta delantera —y la conservará en otros tantos relevos como el porvenir quiera aportar a mi palabra.

"Pues la lingüística por el contrario para el análisis no facilita nada, y el apoyo mismo que yo he tomado en Jakobson, no es del orden de la retroactividad (*après-coup*), sino del contragolpe (*contrecoup*) —para beneficio, y segundo-decir, de la lingüística".¹⁰⁴

¹⁰² Jacques Lacan (1970): *Radiophonie*, cit., p. 62 [*Psicoanálisis: radiofonía y televisión*, cit., p. 20 (traducción corregida).]

¹⁰³ Jacques Lacan (1975): conferencia en la Yale University, Kanzer Seminar, *op. cit.*, p. 19.

¹⁰⁴ Jacques Lacan (1972): *L'étourdit*, cit., p. 76.

clase las siguientes palabras: "El análisis lingüístico tiene la relación más estrecha con lo que llamamos el análisis a secas, incluso se confunden; esencialmente no son, si miramos de cerca allí, cosas diferentes".¹⁰⁰ Bueno es aclarar desde ya que, si bien la aproximación es evidente, ella no deja nunca de reconocer diferencias. Es común si en esa primera parte de su obra Lacan tratase de corregir aspectos de la lingüística que, a la luz del psicoanálisis, resultan insuficientes. En este sentido es ejemplar la lectura, matizada de perversión, que hace del algoritmo del signo en de Saussure y que fuera abordada de manera ejemplar en el artículo de Octave Mannoni ya citado, con intención laudatoria, y en el no menos ejemplar libro, también citado, de Lacoue-Labarthe y Nancy con intención crítica. Estos autores acusan a Lacan de ejercer, respecto a la lingüística, "una estrategia de la desviación que se diferencia de lo que la epistemología contemporánea ha podido designar como la *importación del concepto*".¹⁰¹

El concepto de significancia, la noción de punto de cadazo y la doctrina de la primacía del significante, puntos todos abordados en el capítulo IV, son los aportes principales de Lacan en esta empresa de ligar teóricamente los discursos del psicoanálisis y la lingüística. Y el resultado trascendental es la determinación precisa de la posición del sujeto respecto del significado como sujeto clivado por el significante, mostrando la razón de ser de la *Spaltung* freudiana. La experiencia analítica es una experiencia de discurso, el inconsciente es un discurso concreto, discurso del Otro, y está estructurado como un lenguaje, siendo el lenguaje, a su vez, la condición del inconsciente. Se trata, como se ve, de nociones provenientes de la práctica psicoanalítica y de la reflexión que ella permite de los textos de Freud, la re-flexión. Pese a la denegación antes citada, de todos modos, el análisis lingüístico y el análisis a secas no son la misma cosa. La distinción que la propia lingüística ha rubricado entre el sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación conduce inequívocamente a métodos diferentes.

En 1970 este amor interesado y unilateral está ya en crisis. El despecho se insinúa: "La lingüística proporciona el material del análisis, incluso el aparato con el cual se opera. Pero un dominio

¹⁰⁰ Jacques Lacan (1957-58): *Séminaire. Livre V. Les formations de l'inconscient*, inédito.

¹⁰¹ Philippe Lacoue-Labarthe y Jean-Luc Nancy: *Le titre de la lettre*, cit., p. 91.

A fines de ese año 1972 se decidió la ruptura de relaciones. He aquí el texto de la carta:

"Un día me percaté de que era difícil no entrar en la lingüística a partir del momento en que habíase descubierto el inconsciente.

"Por lo que hice cierta cosa que me parece en verdad la única objeción que yo puedo formular a lo que ustedes pudieron escuchar el otro día de la boca de Jakobson, a saber, que todo lo que es del lenguaje correspondería a la lingüística, es decir, en último término, al lingüista.

"No es que yo no se lo acuerde muy fácilmente cuando se trata de la poesía a propósito de la cual él adelantó este argumento. Pero si se considera todo lo que, de la definición del lenguaje, se deriva en cuanto a la fundación del sujeto, tan renovada, tan subvertida por Freud... habrá que, para dejar a Jakobson su dominio reservado, forjar alguna otra palabra. Llamaré a eso la lingüistería.

"Esto me deja alguna parte al lingüista, y no deja de explicar que tantas veces, de parte de los lingüistas, yo sufrí más de una amonestación. Ciertamente, no de Jakobson, pero eso es porque le caigo bien, dicho de otra manera, él me ama, es la manera en que yo expreso esto en la intimidad.

"Mi decir que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, no es del campo de la lingüística."¹⁰⁵

A partir de la ruptura, ilustración de que "el amor consiste en dar lo que no se tiene", el tono se hace más agrio y llega a reconveniones fundamentales que bordean incluso la negación del objeto decepcionante.

"Que Jakobson justifique algunas de mis proposiciones es algo que no me basta como analista.

"Que la lingüística se arrogue como campo eso que yo denomino de lengua para apoyar en ella al inconsciente, ella procede allí con un purismo que toma formas variadas, justamente por ser formal. Ya que excluye del lenguaje no solamente 'el origen' según dicen sus fundadores, sino lo que aquí yo llamaré su naturaleza."¹⁰⁶

En suma, ella no sabe de qué habla.

Así es como nació la lingüistería; fruto de un desengaño amoroso, de la ruptura de un noviazgo, hija de una decepción. Pero no por ello

¹⁰⁵ Jacques Lacan: Séminaire du 19 décembre 1972. *Encore*, cit., pp. 19-20.

¹⁰⁶ Jacques Lacan (1975): "Peut-être a Vincennes", en *Ornicar?*, núm. 1, 1975, p. 3.

hay que desacreditarla. Antes bien, al contrario, ya se sabe que las decepciones corresponden las más de las veces a una ganancia en claridad. Hay mucha distancia entre la ruptura de un romance y el fracaso de un romance, eso que muchas veces se llama matrimonio.

El punto central del desacuerdo está ya señalado en este trabajo: es la impugnación de la noción de significación. El problema es que la exclusión de la significancia del campo de la lingüística, que es una exclusión necesaria porque la significancia es imposible de formalizar o de tratar dentro de marcos lógicos, hace inútiles los esfuerzos de la lingüística por constituir una teoría del discurso. Y sin teoría del discurso y de la producción del sentido, ¿para qué habría lingüística? Por ello se aconseja a los lingüistas nutrirse de la obra de Lacan (así como la teoría de Lacan no hubiera podido avanzar sin nutrirse en la lingüística): "Lo que Lacan llama su 'lingüistería' podría inspirar reflexiones fructíferas a los lingüistas y en particular permitirles dejar de confundir el sentido con la significación."¹⁰⁷

La significancia, el hablante y la lengua se escapan a la lingüística y cuesta imaginar qué podría hacer con ellas. Y para qué sirve sin ellas. Esto no es una condena, es un desafío para un diólogo que tal vez todavía no ha comenzado en correctos términos y donde los trabajos citados parecerían indicar un camino.

El enamoramiento fusional de los textos de 1957 es ya irrecuperable. La distancia establecida entre los dos campos es insalvable. Es, tal vez, el momento del mutuo reconocimiento.

La lingüistería es la afirmación de la relación necesaria que el psicoanalista guarda con el lenguaje y que es irreductible a la lingüística y a sus métodos de análisis de los enunciados. La lingüistería tiene que ver con esta realidad contingente y repelente de todo cálculo y sistematización que es la lengua en tanto que fundante del sujeto. En palabras de Lacan: "El inconsciente, Ello, habla, lo que le hace depender del lenguaje, de lo que sólo se sabe poco: a pesar de lo que yo designo como lingüistería para reunir ahí a lo que pretendo, esto es nuevo, intervenir en los hombres en nombre de la lingüística".¹⁰⁸

La proposición central de la obra de Lacan: "el inconsciente está estructurado como un lenguaje" no pertenece a la lingüística. Esa

¹⁰⁷ Nicole Kress Rosen: "Réponse a Jean-Pierre Faye", en *Ornicar?*, núm. 16, 1978, p. 76.

¹⁰⁸ Jacques Lacan (1974): "Televiſión", en *Psicoanálisis: radiofonía y televiſión*, cit., p. 87.

fórmula no tiene ningún sentido en ella ni podría autorizarse ninguna operación lingüística sobre ella. Esto es así porque el sujeto de la lingüística es excéntrico respecto del sujeto del deseo inconsciente. El *sujeto de la lingüística*, sujeto del habla, operador imprescindible de la estructura de la lengua, es subsidiario de una psicología del pensamiento y de la conciencia (lingüística "cartesiana", restricción chomskyana de la lógica de Port Royal) o de una psicología conductista (lingüística empírica, de la comunicación y distributiva) o de un formalismo asubjetivo (distintas variantes de la lingüística estructural). Mientras que el *sujeto de la lingüística*, el hablante, es un ser para siempre incompleto, separado definitivamente del decir de su deseo, sabiendo siempre menos que lo que dice, diciendo siempre más que lo que sabe, ignorante perpetuo de lo que se escucha y lo que se entiende de lo que él dice, ente que se desvanece a cada momento de su decir para quedar reemplazado ante el Otro por lo que dice.

Esto quiere decir que la lingüística es indisoluble de su campo experimental, la situación analítica. Por eso Lacan sostiene que "lo que llamo la lingüística exige del psicoanálisis para sostenerse" pero complica las cosas al continuar: "Agregaré que no hay otra lingüística más que la lingüística. Lo que no quiere decir que el psicoanálisis sea toda la lingüística. Lo prueba el acontecimiento de que se hace lingüística desde hace muy largo tiempo, desde el *Crailló*. . ."¹⁰⁹

Decir que el psicoanálisis *no es toda* la lingüística indica que está en ella e incluso que es buena parte, aunque "no toda". ¿Y el resto? El resto parecería no tener importancia alguna, ser un resto desechable, puesto que "no hay otra lingüística más que la lingüística". Es decir que el psicoanálisis o la lingüística es lo que vale de la lingüística y por lo demás no hay que preocuparse.

La quiebra de las ilusiones del amor ha concluido como tantas otras veces: el objeto es devorado y lo que vale de él subsiste en el desechado bajo la forma de un objeto introyectado.

¿Y ella, la abandonada, qué ha sido de ella? ¿Continúa con su existencia? Si. Ciertamente, pero "es una ciencia muy mal orientada".¹¹⁰ Se puede decir con menos palabras aún. Ella. . . ella es una pérdida.

¹⁰⁹ Jacques Lacan (1977): "L'escroquerie psychanalytique", en *Ornicar?*, núm. 17-18, 1979, p. 7.

¹¹⁰ Jacques Lacan (1977): "La varité du symptôme", en *Ornicar?*, núm. 17-18, 1979, p. 16.

Un buen consejo para el viajero es que cuando visite un país o una comarca no trate de abarcarla toda y de ver todo lo que ella tiene de digno de ser visto. Ese consejo puede ser válido en este momento de concluir el arduo e imposible trabajo de revisar las relaciones de la obra de Lacan con el lenguaje desde sus orígenes en la lingüística hasta su desembocadura en la lingüística. El consejo ha sido fielmente seguido. Por otra parte, no hubiera podido no serlo porque el itinerario en este caso es un itinerario de discurso y en el orden del decir es imposible decirlo todo. El no-todo marca también a este discurso.

El consejo dado al viajero de no verlo todo le sirve para guardar la ilusión de un retorno que, con el pretexto de ver lo que omitió en la primera visita, lo incite a volver a estar en lo ya transitado y de ese modo resignificar su primera incursión. Lo que en este recorrido se ha dejado de lado no es de poca monta y hasta bien pudiera ser lo esencial: el lugar privilegiado del falo en la lógica del significante, la relación del lenguaje y del inconsciente con el saber y la verdad, la tesis lacaniana de los cuatro discursos, el sentido y la interpretación de los matemas de Lacan. La lista puede proseguir todavía, largamente incluso. Pero ha llegado el momento de concluir para conservar la ilusión de una nueva visita, de una re-visión.

Queda, sin embargo, por apuntar cuál es el punto central que ha quedado oculto en este trabajo: el de la relación del lenguaje con lo real. Ese punto que permanecerá sólo en el nivel de una escueta indicación con esta cita de Chesterton tal como aparece en la traducción de Borges para quien es "lo más lúcido que sobre el lenguaje se ha escrito". Dice Chesterton: "El hombre sabe que hay en el alma tintes más desconcertantes, más innumerables y más anónimos que los colores de una selva otoñal. . . cree, sin embargo, que esos tintes, en todas sus fusiones y conversiones, son representables con precisión por un mecanismo arbitrario de gruñidos y chillidos. Cree que del interior de un bolsista salen realmente ruidos que significan todos los misterios de la memoria y todas las agonías del anhelo".

Todos los misterios de la memoria y todas las agonías del anhelo. . . lo imposible de articular. Ayer murió Jacques Lacan.

Septiembre de 1981.